

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 18

50 Céntr

110
25
25
122
105



ecbea

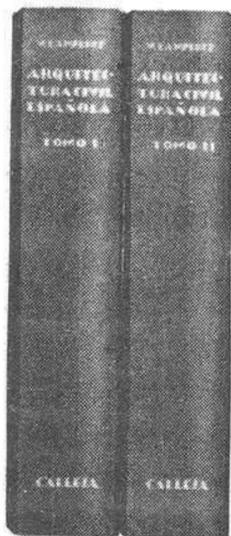
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

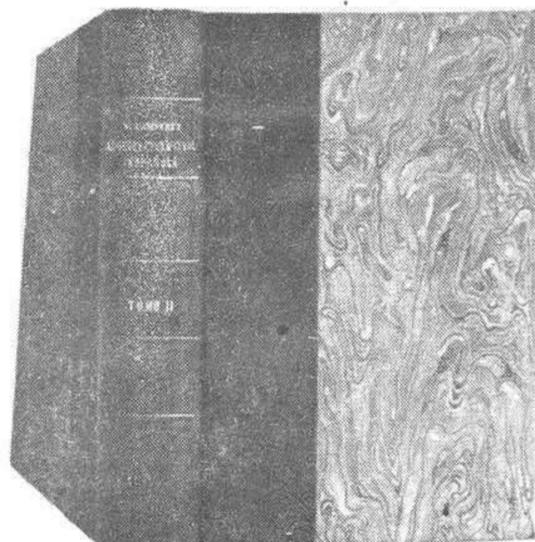
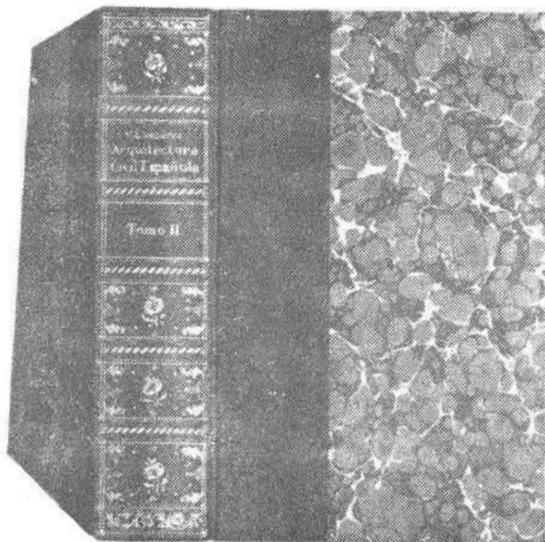
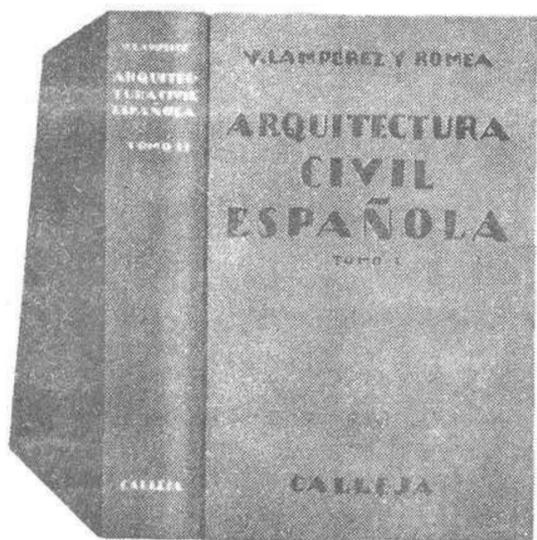


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, 125 pesetas.
En tela, 137 pesetas.

En medio chagrín, 155 pesetas.
En chagrín fino, 175 pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Año I.—Núm. XVIII.

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:
MADAME MARTINE RENIER,
Redactora-jefe de la Moda
en la Revista de París
FEMINA.

PUBLICACIÓN SEMANAL
NÚMERO: 50 CÉNTIMOS.

SUSCRIPCIÓN:
ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.
SEMESTRE, 12 PESETAS. OTROS PAÍSES:
UN AÑO, 35 PESETAS.

Miércoles 23 Diciembre 1925

ADMINISTRACIÓN:
ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:
SAN SEBASTIÁN
Correspondencia y suscripciones:
MADRID
Calle de Valencia, 28.
Apartado 447.

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

*¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida moderna?
¿Y cuál su mayor encanto?*



Foto. Kaulak.

Hortensia Gelabert

¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?

La prisa que tienen todos para todo. Y a mí me gustan las cosas muy despacio... que es la única manera de saborearlas y de apreciarlas.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Vivirla. Y de vez en cuando compararla.

Hortensia Gelabert



Foto. Sans

Leocadia Alba

¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?

Juzgo, que el mayor defecto es el egoísmo, que nos impide idealizar un poco la vida.

Y ¿cuál su mayor encanto?

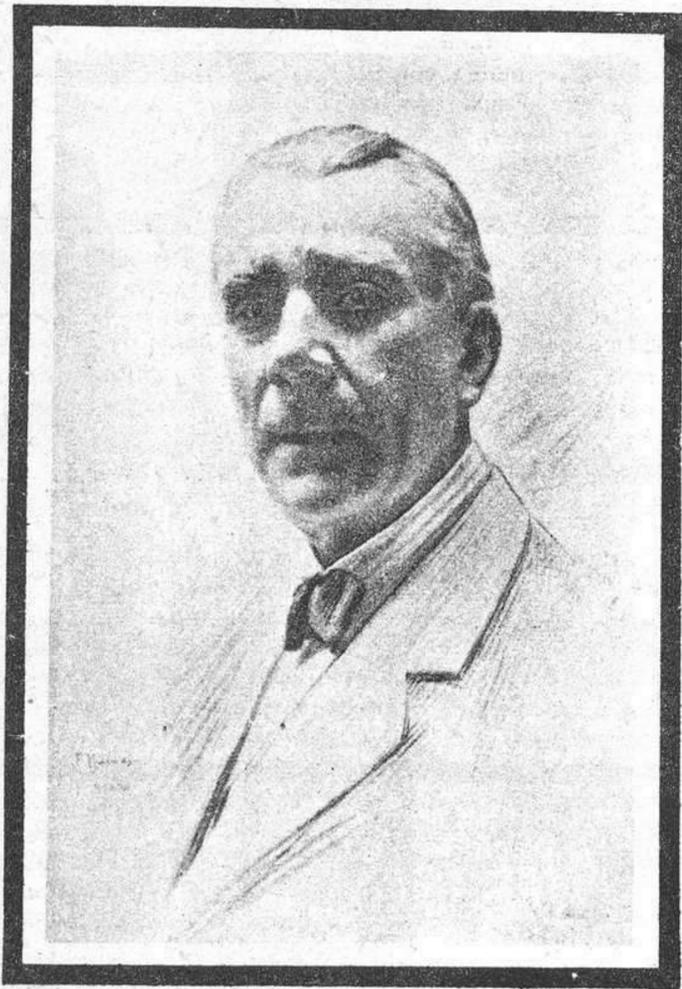
Disfrutar de una vejez tranquila como premio a una vida de trabajo.

Leocadia Alba



(Foto Kaulak.)

J. Sanchez Guerra



(Foto Kaulak.)

F. Diaz de Mendoza

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La falta de dinero. Como la peseta está tan alta y vale tanto, todo el mundo las conserva; nadie se las gasta. Pero vivimos tan contentos, porque nunca ha habido más dinero en España.

Y ¿cuál es su mayor encanto?

El *Shymy* y el *Jazz-Band* que, aunque no los cultivaba Petronio, me recuerdan con deleite las danzas de los negros.

¡¡¡He viajado tanto por América!!!

Fernando Diaz de Mendoza

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Que nadie está en su sitio.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Que dura poco..., aunque dure mucho..

Juan Guerra



Ramiro de Maestu

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Los dioses se van...

Cuando empecé a darme cuenta de la vida, todas las plazas de grandes hombres estaban cubiertas: Cánovas y Sagasta, Gayarre y Tamagno, Lagartijo y Frascuelo, Castelar y Salmerón, Galdós y Echegaray. Había una tradición: mis enemigos la adoraban. Había una libertad: yo creía en ella. Y luego creímos en el socialismo, y en Europa y en la ciencia.

Todo pasó, se fué, volvió a la sombra, como si nunca hubiera sido. Y hasta sus signos. Llorábamos de pena cuando una amiga se cortaba el pelo en el altar. Ahora se lo cortan las mujeres en signo de su liberación. Pero este dolor de ver pasar las cosas, ¿no es común a todas las generaciones?

Y ¿cuál su mayor encanto?

Los dioses vuelven...

Pum, pum; cañonazos en Cavite. Pum, pum; cañonazos en Santiago de Cuba. Y el tablado de Maese Pedro desapareció. Quedaron los muñecos, pero habíamos dejado de profesarles culto. Pum, pum; cañonazos en Lieja y en Lorena. Y Europa se vino al suelo. Pum, pum; cañonazos en Petrogrado. Los bolcheviques se apoderaron de Rusia, y el ideal socialista se deshizo.

No quedaban ya valores espirituales en el mundo: ni en el pasado, ni en el porvenir. Han sido estos años todo invierno. Hoja tras hoja se nos han caído todos los ideales. Pero las plantas tienen un corazón que espera su hora, y en ese corazón se besan cielo y tierra en los meses vernaes. Podré ser pájaro por el pensamiento, pero por el afecto quiero ser árbol, que muere donde nace. Si no soy hijo, no tengo raíces; si no soy padre, carezco de ramaje. No quiero ser punto perdido en el espacio. Me enlazo a lo mío y a los míos; lo mío es también, y sobre todo, lo universal y eterno. Poco a poco empiezan a reconstruirse dentro de mí las jerarquias, los respetos, los ideales. No los de antes, pero como los de antes.

Y esta restauración de los ideales, ¿no es también el encanto más grande de la vida? ¿De todas las vidas un poco ajetreadas?

Ramiro de Maestu

II N V E R N A L

Cuento por Ma Ceresia Roca de Cogores



I

ABRIÓ los ojos. Miss Blanche estaba junto a su cabecera con un libro entre las manos. Era el que antes de dormirse había ocultado debajo de las almohadas. Miss le reprendió dulcemente.

—Mientras lea usted tanto, Bernardo, no le bajará la calentura. Ahora, vuélvase a dormir, porque es muy tarde.

Y, bajo la presión de sus dedos, chasqueó la llave de la luz, quedando entonces utilizada dentro del círculo de claridad azul de la *veilleuse*. Y Bernardo había cerrado los párpados con la docilidad del niño enfermo. Después, oyó el rumor imperceptible de unas pisadas, el ruido de una puerta que se cierra. Y, poco a poco, las sombras se fueron poblando de diafanidades, de vaguedades policromas, de alburas de mármoles, de tintes, de flores y de carnes, que iban cristalizándose en una pálida princesita, como la de la sonatina del poeta, que tenía las pupilas grises, como las de Miss Blanche.

II

¿Fue, acaso, alguna conversación sorprendida, o sólo una intuición lo que había revelado a Bernardo que Miss Blanche no pertenecía a esa raza de institutrices, como, por ejemplo, aquella Mistress Catherine, que, con el moño empinado y las orejas rabiosamente coloradas, constituía los malos ratos de su niñez?

No podían ser sino de un noble linaje aquellas finas manos afiladas, aquella serenidad de su perfil, que ahora, cerca de la ventana, se precisaba sobre el cielo blanco de nieve.

Miss Blanche abandonó la labor y dirigió sus pasos hacia la puerta.

Llamó.

—Miss... Miss Blanche.

Ella volvió la cabeza.

—¿...?

—No se vaya Miss... No me deje solo. Sonrió condescendiente.

—¡Poor Bernard!

Y vino a sentarse a su cabecera. Sus dedos volvieron a manejar, ágiles, las largas agujas de concha entre la lana gris.

Miss Blanche proyectó.

—Cuando se ponga bueno Bernardo, bajaremos al jardín y visitaremos el invernadero. Hay una colección de camelias que le gustará. Cogemos muchas y verá usted qué bonito harán en ese libro de la chimenea.

El dijo lacónicamente:

—No tengo ganas de estar bueno.

—¿Por qué?

—Porque tendré que volver al colegio.

—Volverá usted con sus compañeros, con sus antiguos juegos.

Volvió a repetir:

—Preferiría estar siempre enfermo, siempre así, como estoy ahora.

Temió haber dicho demasiado, y al sentir que se ruborizaba, se ruborizó más aún. Más tarde se atrevió a pedir:

—Miss Blanche, cuénteme algo de su vida pasada. Recuerdo que una vez me habló de un lejano país del Norte, de un parque, donde se abrían las rosas como cálices de sangre...

Dejaron de sonar las agujas. Miss Blanche levantó su mirada gris y, fijándola en él, la volvió a bajar, murmurando:

—¡Mi vida pasada! ¡Qué puede interesarle a usted, Bernardo!... Después se justificó.

—¡Es usted tan niño!...

¡Oh! ¡Cuándo acabaría aquel odioso yugo de la niñez! Aquella mañana, al acercarse Lulú a darle los buenos días, había observado:

—Te ha salido bigote.

Y le trajo un espejo para que se mirase. ¡Pero qué desilusión! Los cuatro pelos que le griseaban sobre el labio eran de un efecto lamentable. Así se lo confirmó la misma Lulú con su amable sinceridad muy de niña.

—¡Qué feo estás!

¡Ah! ¡Si él fuera siquiera como su primo Arsenio!... Arsenio tenía diez y ocho años y un pelo ondulado y un aspecto enérgico. Ya no tardaría en venir del colegio a pasar las vacaciones. Una duda le mortificó. Si él tuviera la fisonomía y los diez y ocho años de Arsenio, tendría derecho a las confianzas de Miss Blanche.

III

Sonaron en el corredor unas pisadas, que, primero, debían ser de Arsenio, y, después, no podían ser sino de Lulú.

Llamó:

—¡Lulú!

Y la pequeña apareció en la puerta con sus polainas blancas y enfundada en sus pieles de chinchilla.

—¿De dónde vienes, Lulú...?

—Del jardín. He estado haciendo bolas de nieve.

—¿Con quién has bajado?

—Con Miss Blanche. Después bajó Arsenio, y Miss me mandó que subiera a repasar la lección de inglés.

—¿No ha subido contigo?

—No; se quedó en el jardín.

—¿Y Arsenio?

—También.

—Bien. Vete entonces a repasar la lección de inglés.

La puerta se cerró detrás de Lulú, y él sintió que se adentraba en su alma todo el frío del paisaje de invierno. Otra vez empezaba a nevar. Sintió deseos de llorar; unos deseos que fueron transformándose en una música dulce y silenciosa que le subía del corazón a los labios: las primeras rimas de su adolescencia enferma de romanticismo.

IV

Entró Arsenio y, arrojando el abrigo de pieles sobre el diván, se sentó frente a la chimenea, con las manos extendidas sobre la lumbre, que hacía brillar sus altas botas de cuero.

Bernardo quiso saber.

—¿Dónde has estado?

Bostezó.

—Vengo de recorrer la finca a caballo.

Dejó el asiento y, a grandes pasos, empezó a pasear de un extremo a otro de la habitación. Se detuvo ante la ventana y bostezó de nuevo, en tanto que sobre los cristales, empañados, trazaba su índice unos signos absurdos; después, una B grande, que fué desdibujándose bajo nuevos trazos incoherentes. Luego volvió a instalarse cerca del fuego con un libro entre las manos. Bernardo adivinó unos pasos leves en la alfombra; Miss Blanche venía, como siempre, a sentarse a su cabecera.

—¿Cómo se encuentra usted, Bernardo?

—Mal.

Suspiró. Había anochecido por completo, y sólo a la escasa luz de la lumbre la veía cerca de él, eternamente pensativa, toda pálida, bajo la vaga aureola de la cabellera. Cerca de la chimenea Arsenio seguía leyendo. Bernardo reconoció su *Psicoanálisis*, de Freud. ¿Desde cuándo sabía Arsenio el alemán? ¡Ah, sí! Era un pretexto. Se sintió débil, impotente; pero aún podía vengarse un poco.

—¿Sabe usted, Miss, que ahora me encuentro mejor y que estoy contento porque pronto podré volver al colegio?

Quedó silenciosa, como si aquellas palabras le causaran tristeza. El dejó que sus párpados se cerraran abrumados por la calentura. Una zarabanda interminable de sombras giraba en derredor suyo,

acurrucándose en las paredes, en el techo, a los pies de la cama. Llegó hasta él una voz lejana, apagada, llena de vaguedades, de pesadillas. Una obsesión terrible le oprimía las sienes, la garganta. Presintió algo incierto, fantasmagórico, monstruoso. Ahora giraba más vertiginosamente la zarabanda de tinieblas. Oyó apenas «... que traigan en seguida a don José...; que pongan un telegrama al señor Vizconde...» Más tarde, sintió que sus miembros se inmovilizaban en una laxitud profunda. Y, al abrir los ojos, vió cómo le miraban unas pupilas grises cargadas de tristeza, como si fueran de luz de invierno, de nieve, de soledad...; ahora sólo adivinaba una sombra de mujer o de ángel que se acercaba a su lecho y se inclinaba sobre su cabecera. Después sintió sobre su frente como sopor de besos, como humedad de llanto. Después, nada...



=V de S.=



Las amigas y los amigos incógnitos



Para la Condesita de... XII Abriles.—Leí su carta en el número 15 de esta simpática Revista, y como soy de su mismo parecer, que no han de ser las mujeres las que han de buscarnos, escribo estas líneas, ofreciéndola esta amistad, que ojalá fuera correspondida con la misma sinceridad con que se la ofrece PITITO.

Para Margarita.—Como tú noble y bella alma de mujer, vivo en la sombra; como tú, soy desgraciada en medio de esta juventud materialista; como tú, quisiera aislarme; como tú, mi alma se enamora de lo sublime y romántico; como tú, he de sufrir la incompreensión de los que me rodean.

Yo existo, te presentia ya en medio de esa sombra que constituye mi ambiente. Tú has venido llena de luz, yo te he visto, te he admirado y te quiero ya. No seguirás luchando sola en esa multitud que nos ahoga. No puedo dejarte sola, ya que nuestras almas son gemelas. Ahí va mi mano. Estréchala, Margarita, que te ofrezco con ella una amistad franca y leal.—**MARÍA REYES.**

A Mari-Nel.—También a mí, simpática Mari-Nel, me parece interesante tener una amiguita ingenua e incógnita a quien confiar mis cuitas y de quien recibir como sagrado depósito las tuyas. Considerame, por tanto, como un candidato a tu amistad incógnita. Por si te dignaras distinguirme con dicho honor, me he permitido no sólo tutearte, si que también asociar tu seudónimo al mío, confiado en tu indulgencia.

Un ruego: Si por acaso resultara descartado en tu elección, dedícame al menos unas líneas de desagravio en MUJER.

Devotamente, RAÚL DE MARI-NEL.

A Salvador.—¿Quieres tener una buena amiga? Aquí estoy yo. ¿Te serviré?

Ante todo, me tiene sin cuidado completamente que seas feo ni guapo. Los hombres guapos me repugnan (quiero decir los guapos que presumen de serlo).

Alabo tu idea de consultar un caso y una cosa de amor a una mujer... ¡Mujer! Porque si como dices eres muy desgraciado, la mujer *femenina*, con sus manitas suaves, sabrá lavar y vendar la herida de tu corazón.

Confíate a mí «hombre», pues soy «mujer» y conozco el espíritu de las de mi sexo. Dime qué te han hecho, cuéntame todo detalladamente, y yo estudiaré tu caso; pensaré qué puede haber inducido a la mujercita, fatal para ti, a dañarte; y también te diré lo que hay en el fondo de su alma. ¿Quieres?...

Yo te aseguro contestarte con toda lealtad, como una «mujer amiga tuya», y no como una niña «bien».

Si somos amigos, más adelante, cuando tú me hayas consultado y quedés satisfecho de mi respuesta, yo te preguntaré otra cosa de amor también, que nadie mejor que tú sabrá comprender y contestar. Veo en ti un espíritu que rima con el de tu amiga de la sombra, ALBERTINA.

María de la Luz hace su presentación. En su país llueve y nieva con un afán digno de mejor causa, y ella se *aburre* que es una bendición. Desea un antídoto para ese veneno. Ya estoy oyendo: trabaje, estudie, rece, etc... María de la Luz hace un poco de todo eso, pero como tiene una cabeza que es una devanadera, y tan pronto ríe como llora, y desea ser santa, o ingresar en el Tercio; vivir en París, o alimentarse de raíces en un desierto; pide algo que, llamándole mucho la atención, la entretuviese. La amistad puede ser ese algo, ¿no? Hay algún él, o ella, amable, que quiera ayudar a **MARÍA DE LA LUZ?**

A Victoria.—Estoy enterada de que se ha dejado a las amigas incógnitas de MUJER la facultad de dictar su laudo arbitral en la discusión que tuvimos relativa al uso o la supresión del tacón alto.

Me someto con gusto y alabo la idea, pues ello nos dará ocasión de conocer las opiniones de lectoras verdaderamente inteligentes e ilustradas en la materia; pero, al mismo tiempo, me creo con derecho a manifestar mi opinión:

La higiene ha sostenido siempre que el tacón alto es perjudicial para la salud, al extremo que ha sido condenado formalmente por la Sociedad de Medicina de París. La estética, por otra parte, lo recomienda, como creador de la belleza del pie femenino, y de la arrogancia y esbeltez de toda mujer elegante. De ahí, pues, una contradicción entre ambas ciencias, que data desde hace cuatro siglos, y de la que no seremos nosotras, sin duda alguna, quienes habremos de decir la última palabra.

Si podemos, sin embargo, salvar la dificultad, si nos colocamos en el término medio. No de altura, puesto que da más belleza cuando es más elevado, sino de duración, suprimiéndolo en el trabajo y en el hogar, pero conservándolo en la vida social y en los salones.

¿Qué opináis de esto, amiguitas incógnitas?—**RODOPE.**

A Crisantemo Rosa.—A mí también me pasa que me gustaría hablar en esta Revista con algunas muchachas que tengan mis mismos gustos en novelas. ¿No te parece a ti simpática, Crisantemo Rosa? Deberíamos formar un grupito de amigas que se dijeren unas a otras los títulos de sus novelas predilectas.

Vejo que nuestros gustos son los mismos; también a mí me encantan Dely y, sobre todo, Berta Ruk, que escribe deliciosamente. ¿Has leído la novela de Chantepleure *Esfinge Amorosa?*

Por tu mediación simpática, amiga, quiero hacer saber a Pimpinela y Fleur de Revo que me son simpaticísimas y son muy amigas. ¡Si tú y yo también llegásemos a serlo! Espero que no te sabrá mal mi atrevimiento en escribirte y tutearte. ¿Verdad que no?

Contéstame en seguida que puedas, para yo saber si no te sabe mal mi audacia al escribirte sin tú solicitarlo siquiera.

Si llegásemos a tener más amistad, yo te rogaría, como una curiosidad, que me dijese qué juicio te merece esta Revista; yo te digo que espero con grandísima impaciencia el día de tu publicación para leerla y ver sus preciosos figurines, leer sus interesantes crónicas, y además, con las mejoras que proyectan, ¿no te parece que ya hacia falta a las mujeres una Revista como ésta?

Termino, porque para ser la primera carta que te dirijo, la encuentro demasiado larga.

Quisiera ser amiga tuya, Crisantemo Rosa; me has sido la mar de simpática.

Un apretón de manos y un abrazo.—**NINÓN-ROSE.**

Mari-Sol.—¿Por qué tienes miedo a que nadie te conteste? Yo también, querida amiga, por vez primera escribo a persona desconocida; pero en vez de hacerlo con temor lo hago con alegría, pues creo haber encontrado en ti una buena amiga. ¡Qué dicha tener a quien contar mis alegrías y pesares.

Vejo como dices no tienes nada más que diez y siete años. Yo, diez y ocho. Así, que espero me contestes por esta tan simpática Revista.

Espera impacientemente tu pronta contestación **MARI-ESTRELLA.**

Para Mari-Nel.—Creo que la vida sin ilusión no merecería la pena de vivirla; por tanto, acepto gustoso su invitación y a mi vez le ofrezco una noble y sincera amistad.

¿No le parece a usted mejor que nos entendamos directamente? La presentación es acaso el formulismo social más ridículo.

Tengo presentimientos de que seremos muy buenos amigos y quizás... ¡El mundo da tantas vueltas!...—**UNO.**

Para María Aurora.—El hecho de apadrinar a los pobrecitos soldados que luchan allende el Estrecho, por el honor de España, no me parece que en sí tiene nada de censurable; antes por el contrario, lo encuentro muy de acuerdo con los delicados sentimientos de la mujer, siempre dispuesta a aliviar el dolor ajeno; pero... hoy eso se ha convertido en algo que no sé como calificar. Bien es verdad que existe todavía quien recibe esas cartas con todo el respeto que merecen; pero otros (hay mayoría) consideran el madrinazgo de guerra como un entretenimiento burlesco, y lo que es peor, terminan por desprestigiar a la mujer que, guiada por un noble sentimiento, se decide a contestar una de esas cartas aceptando el cargo de madrina.—**POLICKRATA.**

Toda Corazón.—Creo que llegaremos a ser buenas amigas dada nuestra analogía de sentimientos, cualidad primordial para conseguirlo.

No puede usted figurarse la alegría que su cartita me produjo, ya que por ella veo que aún existen verdaderas españolas, que en el fondo de su alma conservan un culto al buen amor, a ese amor noble y sincero, único que puede hacernos felices; al amor que nuestros antepasados supieron elevar a muy alto nivel, y que hoy sus descendientes desprecian y califican de *ridículo*.

En estos tiempos que corremos, en que todo está tan metalizado, es expuesto tratar de defender el verdadero amor; pero ya que usted está dispuesta a ello, yo por mi parte no tengo inconveniente en aunar mis fuerzas a fin de ver si le colocamos en el lugar que por derecho le corresponde.

No obstante, tengo algún temor, el de no tener adversario en esta lucha, pues me cuesta mucho creer que haya una sola española que le ataque. Dudo de que exista en nuestra nación una sola mujer que no se emocione ante el grupo encantador de «La familia del pajarito». Pero... ¡hay tanta hipocresía!...—**SOR MARÍA DEL MARTIRIO.**

A Salvador.—Soy de opinión que para ser amigos lo de menos son las cualidades físicas de cada cual.

En la amistad como en todo, según mi manera de pensar, lo que se debe buscar es la nobleza de sentimientos.

Y ahora, vamos con su carta: Usted dice que necesita una buena amiga con quien consultar un caso y una cosa de amor, y por las que usted se cree el ser más desgraciado; y yo, al ofrecerle mi amistad humilde, pero sincera, he de advertirle que en este mundo para ser feliz, no hay más que proponérselo; así que lo primero que usted debe hacer es alejar de sí toda idea de dolor, y después, sabiendo lo que le sucede, se le proporcionará el remedio.

¡Ah! Y conste que tampoco es una Venus de Milo.—**CARMEN.**

Crucificado.—A pesar de la amistad tan sinceramente ofrecida, nadie, amigo Crucificado (¿me permites que ya como amigo te trate?), te contesta... ¿Será quizás tanta tu fealdad, que aun sin conocerte metes miedo?... Sin embargo, ya ves como todo llega, y una mujer que, como tú, es de esas personas que... en cuestión de fealdad le da un susto al miedo, desde un rincón de la bella Andalucía se une a ti, aceptando tu amistad. Y si, como espero, quieres ser amigo de una que ha nacido en la tierra de los claveles, juntos defenderemos lo feo. ¿Cómo no lo vamos a hacer, si al mismo tiempo nos defendemos nosotros?... Porque yo... —franqueza por franqueza— no te digo más sino que probablemente tendré que adoptar la careta como único medio de salvación. No obstante, yo soy de las personas que creen que las cualidades físicas no influyen para nada en la amistad. ¿No opinas de igual modo? Me refiero a la verdadera amistad, se entiende, a la que no admite ni hipocresías ni falsedades de ningún género; en esa amistad en la que no cabe otro sentimiento que el afecto que mutuamente se tengan. La persona que sepa sentir la amistad de este modo, creo yo que no debe temer que quien se la ha sabido inspirar le reproche sus faltas físicas. Este es el modo de pensar de una mujer horriblemente fea...

Espero, mi nuevo amigo, que, puesto que ya has hallado una fea que quiera ser tu amiga, me contestarás; de otro modo, me dejarías... más fea de lo que soy, y... ¡no hay derecho!—**UNA ANDALUZA... ¡MUY FEA!**

Para todas las lectoras de MUJER.—Tengo una curiosidad muy grande por saber qué concepto tenéis las mujeres de los marinos, y qué os creéis que es nuestra vida.

¿Por qué siempre que conozco a una muchacha, fea o bonita, joven o vieja, lo primero que me dice es que le encanta la vida de los marinos, y que si llega a nacer hombre no hubiera elegido otra carrera? ¿Qué es lo que tanto les gusta?, ¿el uniforme?, ¿la vida?, ¿los viajes? Hasta ahora ninguna me ha respondido concretamente. ¿Queréis hacerlo vosotros? Quisiera reunir un buen número de respuestas femeninas para salir de mi curiosidad.

Perdonad la impertinencia de este curioso que besa vuestros pies.—**UN MARINO DE GUERRA.**

Consulta.—Dudo ya tanto del corazón de las mujeres, que dudo haya alguna con desinterés bastante para aconsejarme y que me ayudara a resolver un problema algo difícil en el que está comprometido mi corazón.

Por no tardar tanto, le preguntaré a la que se decida:

¿Qué podría yo hacer con una muchacha o qué querrá ella que haga, que ella en saludarme y mirarme cualquiera diría que me quiere, y sin embargo me ha dado dos veces calabazas?

¿Qué hago? Por que a esa muchacha la quiero de verdad y ella lo sabe.

A ver quién se decide y cuente con el eterno agradecimiento de, **TONÍN.**

Carlos.—Tienes todas mis simpatías, amigo incógnito, pero veo difícil aceptar la amistad que de corazón te ofrezco ya que van a lloverte las cartas; te decidirás por la que te resulte interesante, y en ese caso, naturalmente, mirarás con indiferencia estas líneas; pero a pesar de ello a ti me dirijo. Soy una valenciana con grandes deseos de tener un verdadero amigo; en algún caso creí tenerlo, llevándome después gran desengaño; he leído tu carta y me ha inspirado simpatía, creeme que te escribo con toda sinceridad, y con grandes deseos de consolarte de la soledad en que te encuentras.

Quedo impaciente hasta saber por cuál amiguita te decides.—**CHARO.**

Nennay.—Tus preguntas, si son sinceras, que no tengo por qué dudar, encierran y demuestran una candidez *tres demodé* hoy día desgraciadamente. No es el mundo tan malo como lo pintan; lo que pasa es que los que la «pintan» en el mundo lo hacen con brocha gorda. El espiritualismo ha dejado su puesto al materialismo, y hoy, en todo, se valora de antemano el tanto por ciento de utilidad que hemos de obtener de nuestras acciones. Y en materia de «casorio», no digamos.

¿Que si todo en el mundo es hipocresía? No, cándida amiga; aún quedan gentes que discurren con la cabeza y sienten con el corazón. Lo difícil es dar con ellas. ¿Que si puede hallarse la felicidad y el amor desinteresado? Según a lo que llames felicidad y amor. Estas dos cualidades anímicas son en sí desinteresadas, pues que son peculiares de los que dan en sentirlas. Una chispa de interés material o de egoísmo en ellas y ¡nada de amor ni felicidad!

Desconfía del que, sin mirarte a los ojos (así de rostro como del alma), te asegure que sería feliz amándote.—**ATILA.**

Ojos de esfinge.—Para conquistar a cierta persona, debes, ante todo, mirar a merecer la pena de que te molestes en conquistarla; trazarte un plan de «asedio» como si trataras de tomar una fortaleza; disponerlo todo de la mejor manera posible, y luego... no preocuparte de la conquista.

Como quiera que esa persona ha de ser un hombre, por bueno que éste sea, no merece la pena de que te molestes en conquistarle.

Creo que este plan es el que te daría mejores resultados, o, por lo menos, los más positivos.—**ATILA.**

Mur.—Me parece, Mur, que te diriges a mi amiga Clarita, ¿no? Si es así he pensado que como ella ya eligió a Cyrano, no estará mal te conteste yo.

Me gusta eso de que hayas viajado algo. Yo opino que los españoles son capaces de hacer todo cuanto se proponen; así que vas a ver que buenos amigos vamos a ser, ¿quieres?—**ROSAURA.**

Amigos incógnitos.—Deseo tener un amigo; pero un amigo que no me hable ni de sus amores, penas, ni alegrías (cosa que tampoco yo pasé).

Quiero un amigo para charlar con él de libros, música, pintura, etc.; en general, de todo lo que sea arte, para que me dé su opinión sobre esta pregunta: ¿Por qué hoy en día nos engañamos no dejándonos llegar a conocer hombres y mujerec, y de quién es la culpa?... Y para otras preguntas más que nos entretengan, sin necesidad de contarnos lo muy íntimo nuestro, que en realidad a nadie interesa más que a uno mismo.

¿Quién se decide?—**C. P.**

Cyrano.—A ti te elijo, Cyrano, y gustosa contesto a tus letras; pero quedo algo recelosa, ¿sabes? Ahora te explicaré: dices eres sevillano, y... ¡tenéis tal fama de embusteros por ahí los andaluces! La mentira es una cosa que me asusta; verás, tengo mis motivos: hace algún tiempo tropecé en mi vida con un embustero, ¡figúrate qué horror! Gracias que mi natural es ser desconfiada, y anduve alerta; pero a pesar de todo me hizo algún daño ese tropezón. ¿Verdad que tú no eres así? Dímelo con franqueza. Yo no comparto la opinión general de vuestra familia. Vamos a decirnos siempre la verdad, ¿eh?; si no... no juego, como dicen los «peques» cuando se enfadan; yo a todo lo que me preguntes te diré la verdad, te lo aseguro, aunque seas tan indiscreto que me preguntes por mi edad, y eso que mis amigas al llegar a los veinte... se plantan.

¿Pasaste la infancia en Valencia? ¿Dónde? ¿En la capital o en algún bello rincón de esta bendita tierra levantina?

Te contaría algo más, pero no quiero restar lugar a los demás amigos; así que... hasta la otra, se despide.—**CLARITA.**

Para el que se firma Carlos.—En un día gris, lluvioso, triste, que nos predispona a la melancolía, mis ojos se tropiezan con sus líneas en la Revista MUJER.

Y sin meditar, sin poder contenerme yo tampoco este loco afán mío de encontrar un alma que hermane con la mía en una cordial camaradería —cosa casi imposible—, me decidí a contestarle. Sólo que yo he de poner condiciones a nuestra amistad, si usted acepta.

No quiero una amistad compartida (fijese lo ridículo que resulta el caso de *Crucificado*, al que contestaron una verdadera legión de amigas). Por lo tanto, si acepta usted la amistad que anhela, la compañía espiritual que busca y el consuelo que necesita, ha de ser de usted a mí y de mí a usted, sola y exclusivamente. Si le parece egoísta —¡divino egoísmo el de la amistad!— no me conteste, y si entre los que leen MUJER hay alguno que adivine tras estas líneas un poco de mi espíritu y mis ideales, a «él» me dirijo, en espera de esa amistad incógnita, que se me antoja ideal.—**LA PRINCESITA DE LOS SUEÑOS LOCOS.**



¡Buena!, yo creí que no me decidía nunca a escribir. Desde que se publicó MUJER estoy pensando en ello, y hasta hoy no me he decidido. Tengo tanta afición a escribir que, por mí, están demás todas las plumas y tinteros del mundo. ¡Qué bien! Así no habría necesidad de escribir. Pero esto me gusta, me gusta mucho tener un amigo incógnito.

Que ¿qué soy? Soy una mujer, como lo indica mi nombre, pero no un marimacho ni una niña futbolista.

No he visto nunca un partido de fútbol, ni he visto los toros, ni el boxeo, ni las riñas de gallos, porque todas esas cosas no me gustan. Encuentro tonto que por un simple le salter a uno un ojo de un pelotazo y que para desagraviarse se ofrezcan ramos de flores en calzoncillos. Los toros, por lo que me han explicado, el principio es muy bonito, pero el final es muy triste. El boxeo, ¿en qué consiste? En dos hombres que se dan puñetazos y se hacen daño. En cuanto a las riñas de gallos, tampoco son muy agradables. Ir a ver cómo se pelean dos pobres bichos. Comprendo aún que a los hombres les pueda gustar, pero lo que no comprendo es que las mujeres, por poca sensibilidad que tengan, les guste ver esas cosas.

¿Os parece que tengo razón, simpáticos amigos?—ANA MARÍA.
A los amigos incógnitos.—Al dirigirme a vosotros, los lectores del sexo opuesto al mío, lo hago con el deseo y la esperanza de que no os hagáis los suecos como las señoritas telefonistas (q. d. g.) y me contestéis como es debido. Pero antes, para que me escribáis sabiendo algo de mi geniecito (lo tengo bastante regular) os voy a dar algunos detalles, simpáticos amigos incógnitos. Porque es viejo que tenéis que ser simpáticos.

Primero: Poseo un humor espléndido, optimismo, ilusiones y deseos de vivir, a pesar de no tener motivo para ello. ¿Eh? Segundo: Todo absolutamente lo comprendo, nada deja de tener para mí una explicación buena, natural y razonable, y sé adaptarme a todos los genios y costumbres. Esto es un inconveniente, después de todo, por muchas razones fáciles de imaginar. Y tercero: ¡Ay!... ¡Allá va!... ¡Que no puedo ver a los aviadores militares! Pero así: ¡que no los puedo ver!, que sufro y me pone hasta mala la vista de las alitas bordadas, y me dan deseos de darles... azotes, ya que no puede ser otra cosa. A nada le tengo tanto fastidio como a esos...

Estas son las tres grandes cosas que me caracterizan. Espero, simpático futuro y desconocido amigo, que harás el regalo de unas líneas a una chiquilla. —RUBIA Y CHIQUITA.

Desconocido.—Acabo de recibir su contestación y su ofrecimiento de amistad franca, ¡muy franca!... La acepto entusiasmada, aunque temo que discutiremos a menudo... Usted no cree en el amor desinteresado, en la amistad sincera; ¡yo sí!... es decir, le concedo que, en parte, tiene usted razón... en la que toca a los hombres. Sólo tengo diez y siete años y ya comprendo lo falsos e inconstantes que son... Quizá haya alguna excepción. Dios quiera que usted lo sea, y no sea esta correspondencia un motivo más para reírse de una mujer más...

En cuanto a éstas, a las mujeres, respondo... ¡con mi cabeza! de que existen mujeres que consideran el amor, la amistad, tal como son; notan las diferencias que entre una cosa y otra existen, y son capaces de querer..., no sé cómo decirle... Ya me comprende, que es: querer más que a su vida, querer con su alma, sus sentidos, con su entendimiento...

Las mujeres son capaces de querer siempre, y tan desinteresadamente, que suelen querer sin ser correspondidas.

Yo soy alegre, ¡mucho!; pero un poco sentimental a ratos...

Me divierto mucho; tengo unos padres muy severos; pero como lo único que les pido es que me dejen reír a mis anchas, ellos, encantados. Hago una vida muy tranquila; este año próximo me pondré de largo, pero no creo que notaré ninguna diferencia; seguiré con mi melena y mis diversiones tranquilas; somos una pandilla de chicos y chicas muy animada. ¡Cómo se alegraría usted si estuviera media hora con nosotros! Todos nos conocemos muchísimo y nos reunimos varios días a la semana en una u otra casa; jugamos, merendamos; no *flirteamos*, ¿para qué?... El *furt* es una manera de entenderse que no conduce a nada, y nosotros nos entendemos tan bien, que de entendernos mejor sería para algo. Nos tratamos con mucha confianza; pero nunca he notado la menor incorrección. Al contrario; estos chicos no son modernistas, de esos que tratan a la mujer como camarada; nos respetan siempre, aun cuando estemos completamente libres y solos.

Ahora, un poco de señas personales, ¿no? Primero físicas: soy alta, morena, dicen que tengo una figura estupenda; yo le aseguro que yo no veo tanto: sólo me gustan en mí, mis brazos y manos; llevo melena con raya a la derecha y ondulada; ojos muy expresivos, boca pequeña, pero gordita, y casi siempre sonrío; algunas veces se queja... ¡Llorol Y, por fin, una salud... ¡soberbia!...

¿Moral?... Mis defectos: orgullosísima...; una cabeza que parece de granito, de dura que es; muy fría y muy poco expresiva al pronto. Un genio muy vivo; nervios que he logrado dominar por completo, pero a veces... el completo sobre y aun el dominar..., porque aunque por fuera siga tan impasible y fría como de costumbre, la procesión suele andar por dentro, como suele decirse.

Cualidades: mi energía; fuerza de voluntad; bastante piedad, pero alegre, ¿eh?, siempre alegre; hablo a Dios poco, pero a menudo; y El ya me entiende... ¿Y qué más?... ¡Ah, se me olvidaba! Un corazón capaz de querer..., de querer hasta el sacrificio y la inmolación de que hablé antes.

Y basta de charla. No me juzgue usted mucho por esta primera carta, pues la he tenido que terminar de prisa al ir a la cama; quiero echarla mañana mismo, y como me muero de sueño, las frases van todas sueltas, sin pies ni cabeza. Otro día tendré que abreviar. Ojalá me conteste usted pronto y contándome muchas cosas. Madrugo bastante para ir a misa de ocho y media. Espero que ésta la publiquen en esta semana próxima.

Hasta su carta, que espero impaciente, queda pensando en su simpático ¡franco! Desconocido.—MARI-SOL.—Madrid.

Carlos.—De todas las demandas de amistad que he leído, la suya es la que más simpatía me ha inspirado. ¿Sabe por qué? Sencillamente, porque soy entusiasta del cariño y unión entre familia, y usted dice estar tan solitario, que... me ha conmovido, y siento deseos de decir a los míos que se corran, para hacer a usted un *poquitrrín* de sitio en mi principal izquierda, *vulgo víscera cardíaca, y más vulgo corazón*. ¿Le agrada este cambio de domicilio? ¿Sí? Pues ya tiene, mejor dicho —porque entre amigos hay que suprimir el usted—, ya tienes tu sitio a tu disposición.

Ya que dices no sabes de una amistad franca de mujer, si te soy simpática, cuenta desde hoy con una fraternal, que es la que yo te brindo sin regateos, y ofreciéndome a consolarte y darte ánimos, siempre que de mí dependa.

Como al fin y al cabo «los señores hombres sois unos picarones», estoy pensando si tus amarguras —que tan bien «te caen»— serán discurridas para interesarnos y tomarlos lindamente el pelo. ¿Acerté? Si es así, considérate hecho picadillo *por obra y gracia de mi imaginación*. Pero si es cierto cuanto dices, cuenta con toda mi simpatía y con una amiga cristiana y capaz de entenderte.

Ya ves que, por lo menos, yo no te dejo en esa tristeza e incomunicación que tanto temes. Así que espero seamos buenos amigos.

Aunque el físico en esta amistad no hace al caso, aun comprendiéndolo así, me es imposible no hacerte el tuyo; y como me figuro que a los demás les pasará igual, si te agrada mi amistad te daré algún dato de cómo soy para que «me fabriques» con más facilidad.

Termino, porque estoy oyendo cómo me riñe la gente de MUJER, diciendo con justísima razón: «¿Se cree usted, señorita, que no tenemos que trasladar a MUJER nada más que sus garabatos?» Ya comprenderás que oyendo esto hay que terminar.

Hasta tu próxima contestación. Y, mientras llega, te envía un apretón de manos.

—VIOLETA.
Ramón.—No quiero dejar de decirte que eres saladísimo y que he pedido a Dios (no bagas caso, que no lo he pedido) te conserve ese buen humor que te tocó en suerte.

¿Es posible que por dar gusto a las «niñas» te dejes tomar tu tesoro de cuatro pelines? Yo no lo creo, más bien pienso, que eres bueno, y, dándote pena las chicas «peladas», ofrezcas tu melena para que, si alguna quiere, pueda remediar la herejía. ¿He acertado, simpático Ramonchú?—UNA QUE POSEE UNA MAGNÍFICA CABELLERA NEGRÍSIMA, NEGRÍSIMA Y ARCHINEGRÍSIMA.

Nennay.—Yo soy el que me decido a coger la pluma para contestarte. He leído tus cortas líneas en el último número de esta simpática Revista y en seguida me pongo a escribirte, pues quiero ser el primero.

A tus preguntas no te puedo contestar todavía, pues aunque tú dices que nosotros tenemos más experiencia, yo, como sólo tengo veinte años, quiero pensarlas antes que dejar correr la pluma.

Quisiera tuviera la amabilidad de contestarme a estas preguntas: ¿En qué colegio has estado educada...? ¿Eres una niña modernista...? Mucho me alegra no fueras así, pues a mí, a pesar de tener pocos años, no me gustan.

Te besa la mano el—FRIEND X.

¿Hay por ahí dos muchachas que quieran ser nuestras amigas incógnitas? Somos dos chicos finos y muy diferentes de carácter, aunque no de edad. En lo único que coincidimos es en que a los dos nos gustaría muchísimo encontrar dos amigas, con las que congeniaríamos.

Yo soy muy alegre, muy jovial, un poco aturdido; me encanta leer, me gusta el fútbol, la música, los toros, el mus, las mujeres rubias de ojos azules... y una porción de cosas más que ahora no vienen a cuento... ¡Ah!, y no tengo nunca una peseta, porque en cuanto la tengo me la gasto; ni puedo ver a una mujer que pese más de 60 kilos.

Mi amigo es todo lo contrario que yo. No diré que sea triste, pero sí muy serio. No le gusta nada de lo que me gusta a mí; en cambio tiene otras aficiones que yo no tengo: le gusta la pintura (se pasa horas enteras en el Museo del Prado), el ajedrez, el teatro y las mujeres morenas, entre éstas, especialmente, las de más peso; no es que le gusten las gordas, pero sí las mujeres «bien hechas», como él dice; además le tiene un santo horror a la melena cortada.

Naturalmente que, siendo nosotros tan amigos, lo primero que procuraremos, si encontramos amigas incógnitas, es que la de cada uno sea amiga de la del otro, para que así seamos cuatro personas bien avenidas y veamos la manera de convencernos mutuamente y adquirir un poco los gustos y las aficiones de los otros.—MI AMIGO Y YO.

Victoria.—El zapato bajo y de tacón alto hace al pie más alado y gracioso. Con no llevarlo cuando se tiene que andar más de media hora o tener que estar derecha, no perjudicará.—PALOMITA SIN HIEL.

A todas.—Niñas, aquí las que van a quedar sin pelo van a ser las que se atreven con Ramón.

¡Hurra, imperator de los mordaces! *Mullieri te salutem*. ¿Esto es latín?—PALOMITA SIN HIEL.

Flor de Fuego.—Para encontrar un novio que sea un hombre, pero... un hombre en toda la extensión de la palabra, no hay receta alguna que yo sepa; pero sí te puedo asegurar que existe un cebo para atraer a esa clase tan estimada de hombres, y más numerosa de lo que tú te imaginas. Ya estás impaciente por saber dónde se encuentra ese cebo, ¿verdad?; pues tranquilízate, que yo te lo voy a decir, pero poquito a poco, para que no te asustes. Allá va la noticia, ¡agárrate! Voy que todo un hombre se dirija a una mujer con intenciones de noviazgo y más tarde de matrimoniar, no hay más cebo —por cierto y gracias a Dios, todavía se encuentra con frecuencia— que una buena mujer, y no me refiero al tipo, sino a sus prendas morales, que sea muy mujer de su casa: honesta, honrada, laboriosa, que no le guste el *balón-oié*, la *lucha a puñetazos*, que no use melena, etc., etc.

¿Eres tú una de esas buenas mujeres? ¿Sí? Pues ya acudirá alguno de esos hombres que tú ansías. ¿No? Pues procura serlo.

Ya he contestado a tu pregunta, perdona mi intrusión, puesto que a mí no iba dirigida; pero como ponías en tela de juicio la existencia de esos hombres, necesariamente te tenía que contestar y aprovechar la oportunidad para saludarte muy atentamente.—UNO DE ELLOS.

Momina.—Me gusta tu pregunta por lo que tiene de ingenua.

A mí (y conste que no tengo abuela) me caracteriza la franqueza. Por esa razón, haciendo uso de ella, te voy a contestar a la preguntita; pero no te enfades.

El concepto menos duro que formaría el hombre más benévolo sería el de que esa chica es más fresca que un *ice-bergs* gigantesco, con la particularidad de que quien peor lo vería había de ser el propio interesado.

Quien te diga lo contrario, ten la completa seguridad de que te engaña. Pero yo te voy a decir una cosa que no tiene ninguna dificultad.

Si esa chica le quiere de verdad y cree encontrar en la unión matrimonial con ese individuo su felicidad; si, después de agotar todos los recursos para hacerle hablar, es tan tímido que no lo hace, entonces, con un tacto especial, veo muy bien que ella se declare a él; pero de una forma que siempre crea el «pollo» que ha sido él el conquistador en vez del conquistado. Todo es cuestión de ingenio y habilidad. Pero yo creo que a un «niño» así mejor es no acordarse de él, porque opino que no puede hacer feliz a nadie.

Esta es la opinión de—UN HOMBRE.

Españolito.—¡Qué pena, Españolito, que la que tú quieres para ser tu amiga tenga que ser rubia! Yo soy morena, madrileña, y creo llegaríamos a ser buenos amigos; pero como la que tú quieres tiene que ser rubia...

Yo creo que entre amigos que no se conocerán nunca no debía de importarte que fuese rubia, morena o castaña; lo que sí, es que fuese una amiga buena.

Dirás que para qué te escribo si soy morena y tu tipo es una rubia... Pero si lo mismo te da, siempre tendrás la amistad de—BETTI COMPSON.

Lirio del Valle.—Quisiera ser, incógnita y joven amiga, el lector de MUJER que, a fin a tus predilecciones, pudiera ser el confidente de tus impresiones; pero leo poco y me paso la vida tocando el violón y el cielo con las manos.—ATILA.

Crucificado.—Has tenido un lleno por feo. ¡Cómo te envidiarán los «niños peras» que, creyéndose cosa «jamón», no tienen un éxito tan «bestial» como el que has logrado con «tu cara bonita». Eres un hacha.—ATILA.

Niní.—En mi concepto las «carabinas» de las «niñas bien» son de la misma utilidad que la famosísima de Ambrosio: no se disparan. Yo, el día que tuviera una hija «vigilable», sustituiría la «carabina» y el *fosterrier* o el *lulú* por un «presa», enemigo de los «frescales».—ATILA.

Momina.—¡Has «estao güena»! En mi concepto, la mujer que enamorada de un hombre y porque éste no se decidiera a «desembuchar» le declarara su amor, estaría «bestial» y «jamón». Si constituye en ti esta idea una pesadilla, deséchala: en plazo más breve de lo que supones, será la única solución que os quedará a las mujeres que deseáis casaros. ¡Porque están los «niños», que «pa» qué...!—ATILA.

Para ellas y para «ella».—En la carrera de mi vida, que me va y pareciendo, sin serlo, ¡ay!, harto larga, he encontrado muchas mujeres, he tenido gran amistad con bastantes, he mantenido relaciones con varias. A alguna, al conocerme, no le satisfizo mi trato; ninguna coincidió con mi ideal. En una ocasión creí encontrarla: empecé nuestro trato sin vernos; ¿para qué?, jengaña y desengaña tanto la vista! Un cambio de postales fué el comienzo de nuestra amistad, y después de una intensa correspondencia por carta surgió un cariño intenso, grande, de entrega total de almas. Logré al fin saber quién era y verla, y cuando loco ya de amor iba a satisfacer mi ansia de tratarla y darme a conocer, cesó por su parte la correspondencia, desapareció y no pude volver a saber nada de ella. Desde entonces sigo sin descanso la peregrinación de mi existencia, y como Diógenes el Cínico buscaba «un hombre», yo busco «una mujer»...—LUIS.

Joven, pero mujer.—No te enfurruñes, gatita.

Porque si no, vas a ver más de lo que he querido decirte.

De tonta tienes lo que de vulgar: ni tanto así. No, rica; lo que a mí me parezca sublime, sublime es. No me vengas con filosofías a lo Einstein. Aunque se explica muy bien, las cosas son como son. No como queremos que sean.

Los hombres son injustos y peligrosos (atiende bien lo que digo; no malos) cuando nos toman en broma, y son pocos los que nos toman en serio. Su placer consiste en jugar con nosotras y con el mayor número que pueden.

Las mujeres, porque, entre otras cosas, son celosas sin motivo. Bajo esta pasión enloquecen y cometen desaguisados para perjudicar a las que se les antojan rivales, y lo consiguen si la presunta víctima está confiada o es más débil. Después les sucede que les viene otro mal mayor.

Sé que hay muchos buenos y buenas. Pero a un bueno, a lo mejor se le ocurre empeñarse en imposibles, en ver con malos ojos a una persona y ¡adiós bondad! Mientras dura el nerviosismo, o cada vez que se le despierta, parece pariente de un perverso reconocido como tal. Dios nos guarde de los buenos lunáticos.

No, niña; no. La rica hermosa no escoge aunque le convenga hacerse esta ilusión. Y desgraciada de la que se permite escoger. Si vivimos, tiempo tendremos de exponer mil ejemplos.

Respecto a las feas, un secreto. Muchos que van al matrimonio con una fea, como res al matadero, acaban en mochales perdidos por su mujer.

Referente a mi sinceridad, siempre hablo con el corazón en la mano.



Y a lo de «Lo pasado, etc.», al escribirlo no pensaba en los hombres ni mujeres. Me refería a pasiones gigantescas de nobles ideales abortados y a tragedias íntimas ignoradas...

Mal pensada, lo fui mucho y casi siempre acerté, y ahora sólo juzgo por lo que veo. Adios, preciosa; te besa en la mejilla.—PALOMITA SIN HIEL.

Carlos.—¿Quiere usted comunicar sus alegrías como sus penas? Su familia está lejos, no tiene usted verdadero cariño. Si el afecto sincero de un corazón muy grande puede aliviar esta soledad de espíritu, amigo incógnito, le tiendo la mano, y seamos, si quiere, unos amigos muy francos.

Yo también me encuentro lejos de donde he vivido, casi sola, deseando encontrar una amistad sincera y verdadera, que tan difícil es de hallar. ¿Podremos ser buenos amigos? Así lo espero.—CARLOTA.

Por sobradamente indeciso, no he querido dirigirme expresamente a ninguna de las amigas incógnitas que figuran en esta simpática sección de la no menos simpática Revista MUJER, para no ser yo quien elija la que en adelante haya de ser mi amiga y confidente.

Soy joven y de temperamento alegre; pero formal. Acaso el serlo con exceso haya sido causa de algunos sinsabores que he sufrido. Odio los caracteres extremos que todo lo ven del color de su cristal.

Una de mis mayores ilusiones sería el poder aconsejar a una mujer sobre una situación moral de interés, y que ella me correspondiera.

En una palabra: quiero una amiga, claro es, incógnita, pues conocidas son imposibles de hallar.

¿Quién quiere picar? Os espera.—RAFAEL.

A Mari-Nel.—Como a usted, me encantaría el poder tener una amiguita íntima y desconocida, y créame, no sé por qué ansiaría que esa amiguita fuera usted. Quizá el candor y la bondad de sus líneas, que revelan la de su alma, sea lo que mantiene este vivísimo deseo.

Seremos buenos amigos, ¿verdad, Mari-Nel? Si así fuera, si aceptara mi amistad, ya en otra carta le diría muchas cosas mías. ¿Quiere usted también contarme las suyas? Sepa, por adelantado, que soy sevillano, que tengo veintidos años, y... por hoy ya no más.

Es ya su buen amigo.—ANGEL.

A Carlos.—Al leer sus líneas, pleróicas de amargura, he sentido un irresistible deseo de coger la pluma para ofrecerle mi amistad.

Tengo sólo quince años; no tengo hermanos mayores, y sus palabras me han hecho entrever la posibilidad de tener ese hermano que Dios me ha negado, a quien poder pedir consejo.

Mi carácter es irregular; luchan en mí la altivez y el orgullo de una rama ilustre y la Democracia, que hace romper los lazos de todas las jerarquías.

No me comprenden; dicen que debo estar mal de la cabeza.

¿Quiere usted ser ese hermano capaz de comprender todo lo que puede encerrar un corazón de quince años?

Seré la hermana a quien se cuentan todos los secretos, y a quien se da un consejo cuando su inexperiencia lo necesita.

¿Acepta?

De ser así, su nueva amiga tendrá siempre para usted el cariño que le falta.—ANGELINA.

Para Allema.—No sé por qué escribirán los demás aquí. Sé para qué escribo yo, y voy en seguida a decirselo.

Quiero tener una buena amiga, tener con ella frecuente correspondencia; quiero conocerla y tener de ella un concepto verdadero.

Estoy convencido de que haber visto a una mujer no es haberla conocido; haber hablado con ella es irle conociendo, y haber leído sus escritos es haberla conocido. Por esto escribo aquí, para tener una amiga a quien conocer de verdad.

No la extrañe nuestra intromisión. ¿Va a encontrar raro que un hombre escriba en MUJER, hoy que la mujer conduce automóviles, juega al foot-ball y estudia Derecho o Medicina?

A mí no me extraña su curiosidad. ¿Sabe lo que me extrañaría? Que fuera médico. ¿Me escribirá en lo sucesivo? Su ya buen amigo.—UN GALENO.

Españolito.—Ya encontraste tu menuda rubia, que reúne todas las otras cualidades que deseas, unidas a un gran corazón de mujer. Me eres sumamente simpático porque siempre he deseado encontrar un hombre partidario de las rubias; así es que estoy dispuesta a darte mi sincera amistad. Espera impaciente la tuya.—CHIQUELLA.

Amigos incógnitos.—Ya llegó la hora de dirigirme a vosotros; muy ingenua me parece la pregunta de Allema deseando conocer la idea por la cual el sexo fuerte ha querido tomar parte con el bello. ¡Ay, bello!

Yo no tengo nada de bella; sin embargo, muchas veces «la suerte de la fea...» etc.

Pues bien: nada puedo decir de la intención de los caballeros; pero sí puedo asegurar que la mujer en ello lleva la esperanza de poder encontrar su hombre, su sueño adorado, en una palabra: su media naranja, ya que en el mundo es tan difícil hallarlo, por lo mismo que tanto se conoce.

Incógnitamente, sería un medio muy bonito y original, y, además, yo..., francamente, conocería lo que es eso de amor. ¡Oh! ¡Tantas veces he oído hablar de ello! ¡Tantas, también, han leído mis ojos dulces palabras de cariño! Pero nunca, nunca mis oídos han escuchado una vehemente palabra, una cariñosa frase. ¡Soy tan fea! Vosotros, incógnitos amigos, ¿seréis tan crueles que no me prodiguéis consuelo? ¡Sois tan egoístas todos! Pero tened en cuenta aquello de «haz bien y no sepas a quien».—NI NAY GURTU.

Para Allema.—Nada me ha interesado tanto de la original revista MUJER como su pregunta. ¡Con razón dicen que las mujeres son curiosas! ¡Si usted conociera al que esto escribe! Pero lo incógnito no puede descubrirse; sin embargo, sólo personalmente podría darle la solución, que lo haré, no obstante, en el número siguiente si su curiosidad insiste de nuevo en saberlo por.—UN LICENCIADO (NO DE PRESIDIO)

Ninguno de los amigos incógnitos que han escrito hasta ahora en la revista MUJER me ha gustado; así es que me atrevo a pedir un nuevo amigo; ¿quién será el simpático que me conteste?

Debe ser muy divertido escribirse con una persona a quien no se conoce.

Yo seré una buena amiga en todo el sentido de la palabra, y hasta le daré consejos a mi amigo incógnito si me los pide.—GRACIA.

¿Quién de los simpáticos desconocidos desea ser el amigo incógnito de esta galleguita? Os advierto, desde luego, que soy muy sosita; pero, sin embargo, me atrevo a sostener correspondencia con un amigo anónimo.

Aunque me gusta un hombre muy a lo siglo XX, sin embargo, no me agrada un pollo banana que lo pase bestialmente, tenga plan jamón y me quiera una burrada. Con que ya lo sabes, futuro amiguito, aunque seas niño banana, disimúlalo.

¿Quién de vosotros contestará a—ENCANTIÑO?

Somos dos compañeras de colegio, tenemos quince abríles, dos castañuelas encantadas de la vida; pero temerosas de nuestra próxima salida al mundo, y deseamos que algún muchacho de experiencia nos aconseje en las mil dudas de amor que tenemos y que iremos exponiendo al que acepte la amistad de.—UN PAR DE PIMPOLLOS.

Para el que firma Carlos en el núm. 16.—¡Pobriño! Lejos, muy lejos de la familia. ¿Cómo vamos a permitir que sigas triste e incomunicado y que dudes de nuestra bondad de corazón? No, mil veces no. ¿Quieres una amistad de mujer franca y leal? Yo te la ofrezco. Podrás comunicarme tus pesares y alegrías; a veces yo te comunicaré los míos, y trataré de hacerte olvidar esa terrible soledad de espíritu. ¿Aceptas?

Por tu carta he podido juzgar un poco, como eres; pero puede ocurrir que me equivoque y seas un guasón dispuesto a tomarnos el pelo; no creo que tengas tan mal gusto; yo llevé la melena a lo garçonne, ¿sabes?—REBECA.

Tengo veintitrés años. No me gusta el flirt, no bailo, tengo pocas amistades. ¡Qué miedo!, ¿verdad?, en esta época tanta seriedad. No crea que lo digo porque soy pesimista o tengo spleen, nada de eso.

Soy así. Es mi carácter, con un corazón muy grande, que quisiera encontrar un amigo que me comprendiera.

¿Alguien me ofrece esta amistad franca, verdadera? Estoy en la duda... El tiempo me lo dirá.—MYRTO.

Constance Talmadge.—Amiga Constance (como desde ahora creo podré llamarla), lei en esta simpática Revista que buscas una amiga para contarte las penas y alegrías que tú tienes, y, desde luego, si aceptas mi amistad, espero me las cuentas todas como yo a ti las mías. Tengo, como tú dices, diez y siete años.

Respecto a lo de escribir a los chicos, me parece una cosa muy natural, pues es muy agradable eso de tener un amigo a quien escribes y no conoces, que nadie podrá decir nada, pues no es como si escribieses a uno que conocieras. Ya sabes que aquí en España eso del compañerismo entre chicas y chicos no entra; en cuanto te ven con uno, ya dicen que es tu novio.

Esperando me contestes y me cuentas muchas cosas, te abraza.—BETTI COMPTON.

Amigos incógnitos.—Tengo miedo y no sé cómo empezar, pues nunca he escrito en circunstancias semejantes; pero mi deseo vence al temor que esto me causa. Desearía, simpáticos lectores, que alguno de vosotros fijase la vista en estos renglones y, si os place, contestéis a ellos ofreciendo vuestra noble amistad a esta amiguita que desde ahora os la ofrece muy sincera.—LULI DE BELANCUR.

A una morena.—No te has engañado, querida amiga (ya que espero lo seamos), al creer, que no quedarías desatendida.

Quisiera, como tú, tener una amiga, que bajo el tupido velo del misterio, pudiera contarme sus penas y sus sueños.

No sé por qué te escogí. Tal vez, esa intuición que dicen poseemos las mujeres me hizo adivinar, al través de tus breves líneas, el cariño y sinceridad que buscaba.

¿Acaso me engañé?

Tu contestación tal vez sea un desengaño para tu nueva amiga.—MYOSOTIS.

He leído esta sección y me decido a escribir a ver cuál de vosotros es el más amable que me contesta.

Tengo diez y seis años, muchísima afición a la lectura y al baile, el carácter alegre y un gran deseo de tener una amiga o amigo incógnito.

¿Habría alguien que acepte la amistad que le brinda—LA PERLITA?

Entre los amigos incógnitos ¿habrá algún espíritu elevado que quiera consolar un alma incomprendida?

Mis penas son todas de amor; por esto, creo que hallaré, entre los amigos incógnitos, alguno que sepa consolarme del tormento que sufro, y creo que podrá aconsejarme mejor que una mujer, siendo del mismo sexo que el causante de mi dolor.

Encontraré el amigo que tanto ansia mi alma?—VIOLETA DE PARMA.

M.—Madrid.—¿Pasará usted sus ojos por esta Sección? Dios haga que así sea y se fije en estas líneas que solo para usted van dirigidas.

Tan interesantes y tan nobles me han parecido sus confesiones y tanto han llamado mi atención, que me mueven a suplicarla su amistad, pues sus pensamientos son un reflejo fiel de los míos. Una gran comunidad de ideales los une. Usted ha sufrido mucho —prueba de ello es su manera de expresarse— y yo también.

En estos tiempos de materialismo..., ¡cuán difícil es encontrar un alma sincera que tenga ideales nobles y que sólo anhele el bien de sus semejantes!

Presiento en usted un gran corazón; una mujer buena, sencilla y amante, y esto es lo que me impulsa a solicitarla que me conteste, pues en mí encontrará un alma gemela y humilde que sabrá comprenderla.

No oculte sus ideales y levante la frente puesto que son nobles. ¿Hay mayor orgullo que estar satisfecho de sí mismo y que su conciencia no la reproche de nada, si no es de proceder bien? ¿Me perdonará?...—ARA.

Polin.—Soy americana del Sur, pero he sido educada en Unites States; por eso no dudo que a pesar de tener tantos éxitos, atenderás my letter.

Estoy pasando una temporada aquí. Echo mucho de menos la camaradería de mis amigos yankees; por esto, al leer que compartes sus ideas deportistas, me decidí a escribirte ésta; practico todos los sports, incluso el boxeo, el que ejercitaba con mi amigo Tommy, mi mejor partner. ¿Quieres tú reemplazarle por esta temporada?

Good-bye, tu contestación.—YOUTH.

Nini.—Haces muy mal en detestar las «carabinas» que son armas muy útiles para la caza mayor, guardas jurados, etc. ¡Ah!, pero ahora comprendo, ¡torpe de mí!, que a lo que tú llamas «carabinas» es a las señoras o señoritas de compañía. Pues bien; yo opino y creo que como yo infinidad de personas, que esas señoras o señoritas, por el solo hecho de ganarse el pan honradamente, son dignas de toda clase de consideraciones y respetos.

Lo que si encuentro bastante censurable es que las «niñas» encomendadas a su cuidado las tomen como objeto de risión, y que algunas veces, confundíndolas con la cocinera, las hagan transportar en contra de sus deseos, de un lado para otro, una pesada y voluminosa cesta.

Continúo leyendo las líneas por tu mano trazadas y observo con disgusto que también reniegas de la compañía de tu mamá, cosa que nunca debes hacer, pues la mayor satisfacción que puede tener una joven es hallarse al lado de su madre, pues es la única persona que nos quiere de verdad y siempre. ¡Qué felicidad más grande si viviera mi madrecita de mi alma!

Lo de la «caraba» y el plan «ostra», aun cuando resuelvo algunos jeroglíficos, confieso ingenuamente que no sé lo que quiere decir. ¿Por casualidad es griego? A mí las ostras me gustan con un poquito de limón.

Y ahora, pidiéndote mil perdones por lo que puedan tener de amargas mis anteriores palabras, te daré mi opinión con respecto al «Fiat».

El último modelo de coche «Fiat» (supongo que te referirás al tipo 519) es precioso, muy bonito, elegantísimo de líneas, y, respecto a comodidad, puede competir con el «Rolls».

Ya te he dicho mi parecer a lo que tú preguntabas. A mi vez, quiero yo hacerte una preguntita: ¿Qué tal estás tú en eso de las vainicas, dobladillos, zurcidos, etc.? ¿Pez? Pues besa tus escamas.—EL AGUA.

Palomita sin hiel, La Trini, La Señorita Claridades y La Flor de la Idea.—Esto sí que ha sido colosal, bestial, estupendo y jamón... con chorreras.

No saben ustedes bien la alegría que me ha producido leer sus contestaciones al niño banana ese que se firma Polin. La pena es que no todas han sido de la misma opinión. Pero qué le vamos a hacer. Nunca falta un roto para un descosido; y es alegre pensar que es mayor el número de muchachas que saben dar tan bonitas contestaciones.—R. L., Vitoria.

A Carlos.—No está mal, querido Jeremías, que esperes de la bondad de la mujer; pero yo no es por buena que acuda a tu llamada, es por salvar la negra honrilla de mi sexo. Y como si fuese poco, ahí va otra verdad: no me hace mucha gracia ser consolatrix afflictorum; pero has acertado a llamarte Carlos o a escoger ese seudónimo y yo, ¿qué quieres que le haga...?, no he podido menos de escribirte porque tengo debilidad por los «cardos».

Yo sé que no te consuelo con estas líneas tan prosaicas. Espera todavía (si quieres) y por mi próxima conocerás la deliciosa amistad que puede proporcionar el corazón de la mujer.—GIOCONDA.

A todos en general.—A vosotros me dirijo, muchachos. Yo desearía tener un amigo incógnito; pero dudo mucho que esto sea, pues tengo muy mala suerte.

¿No habrá ninguno que se apiade de mí?—ESPERANZA.

Amigos incógnitos.—Tenemos ansias de tener un amigo con quien se pueda comunicar todas nuestras impresiones malas o buenas, tristes o alegres, serias o estrofarías. ¿Quién de vosotros será el «desgraciado» que cargará con nuestra amistad? Os prometemos que no se arrepentirá el que se fie de.—LAS DOS.

Todos los suscritores a MUJER por un año tienen derecho —mientras no se anuncie lo contrario— al regalo de libros que se anunció en los primeros números de MUJER. Los que no hayan hecho uso de este derecho pueden reclamarlo. Los que necesiten consultar algún punto relacionado, o no, con este regalo deben enviar cincuenta céntimos para la contestación.



Sección compuesta y redactada en París bajo la
 dirección de Madame Martine Renier
 redactora Jefe de la Moda.
 en FEMINA de
 París

Crónica

LOS GRANDES MODISTAS



WORTH

Lindo vestido verde «jade», bordado de perlas y de «strass» y ligeramente plegado a un lado, siguiendo un movimiento de gran novedad. Por delante, va muy fruncido; sujetan estos frunces los dos motivos de la cintura.

LUCIEN LELONG

Vestido de noche, fácil de poner; es de muselina de seda color de flor de capuchina, sobre un viso de crespón de China del mismo tono. Los volantes, festoneados, van orlados de un bordado de perlas y de «strass».



- WORTH

Trajecito muy sencillo de «kasha», color palo de rosa. El vestido lleva un cinturón de cuero respunteado. El abrigo es de cuero pardo rojizo. Un cuellecito muy estrecho de piqué blanco subraya el escote.



WORTH

En el centro, otro trajecito de «kasha», en dos tonos: la parte inferior, plisada con anchas tablas, es azul marino; el cuerpo es azul claro con una tira más oscura. El abrigo es de terciopelo de lana azul marino.

LUCIEN LELONG

Abrigo de terciopelo «beige», adornado de «renard». Es muy sencillo y lleva solamente dos canelones a los lados. Muchas mujeres elegantes han adoptado esta hechura.





PHILIPPE ET GASTON

En este vestido, preparado para la Costa Azul, aparece muy visible el movimiento de capa que nos auguran para la primavera. Es una «robe-manteau» de paño «beige» claro, adornado con nutria.

NICOLE GROULT

Vestido propio para muchacha; es de terciopelo negro y crespón de China azul «Roi»; la falda, de terciopelo, se abre sobre un viso plisado. Cuello alto, formado por una tira de seda flexible, que se anuda por detrás.

NICOLE GROULT

A la derecha, arriba, otro vestido para muchacha, de raso rosa, bordeado con un ancho jaretón de terciopelo negro. El ancho lazo de terciopelo que lo adorna por delante, se ha suprimido en varias ocasiones, al reproducirse este modelo, por juzgarlo de una originalidad excesiva.



La
Moda



en el
Teatro



CHERUIT

En el Teatro Michel, ha causado sensación un vestido llevado por Mlle. Arletty, y que aparece en esta página, arriba. Este vestido es de crespón de China color de óxido, y lleva una capa enteramente plisada, sujeta al cuello con una echarpe.

LUCIEN LELONG

A la izquierda, traje visto en el escenario del Teatro de Capucines. Es de crespón de China negro, con anchos puños y un cuello de crespón blanco; lazada en el escote; otra lazada igual en la cintura.



CHERUIT

Maaemoiselle Arletty, del Teatro Michel, luce aquí —a la derecha—, sobre una falda plisada de terciopelo «beige», un «casaquin» de terciopelo verde, bordado en oro y negro.

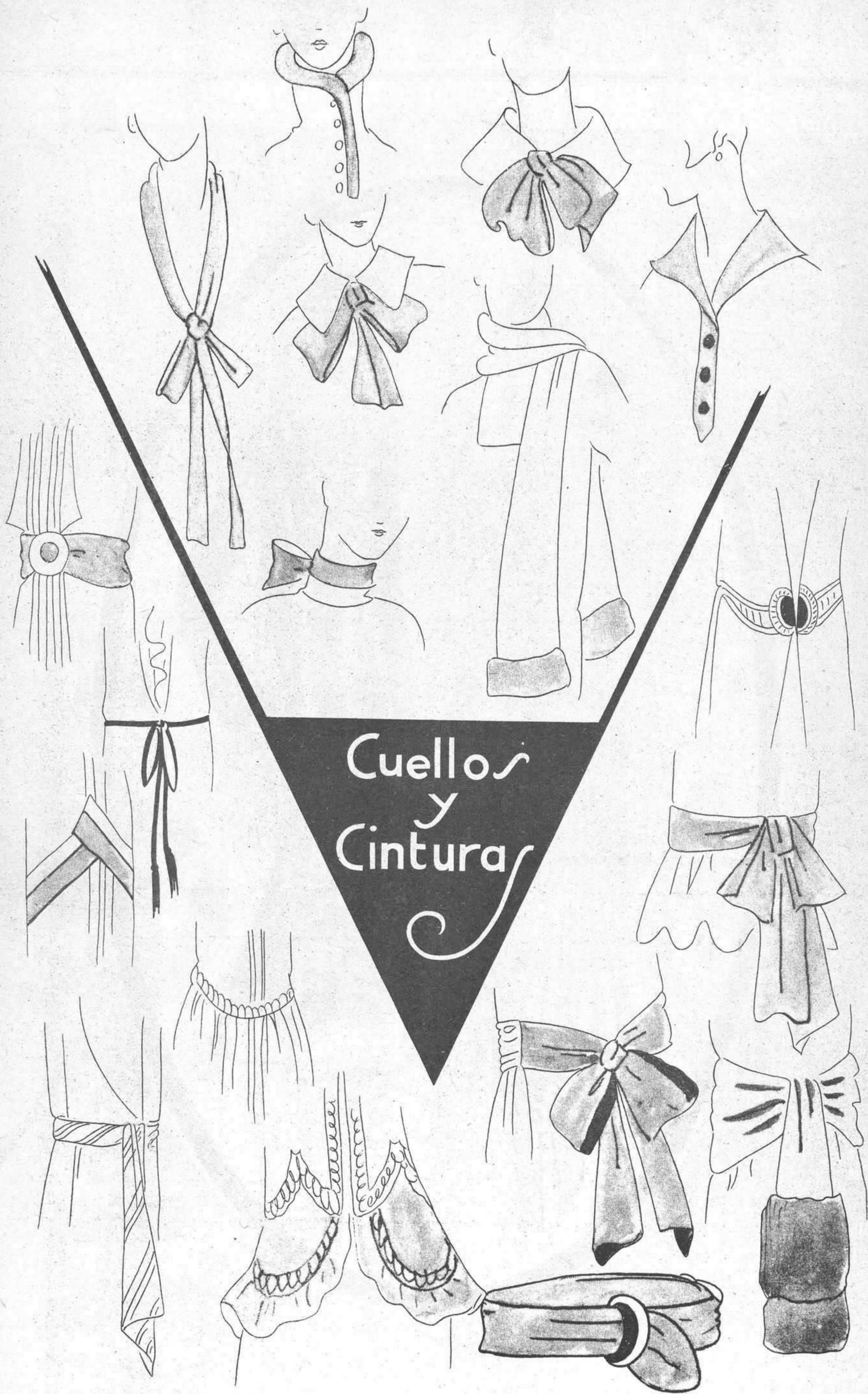


ALICE BERNARD

Vestido de crespón «Georgette», verde, bordado en oro y cristal, y llevado por Mlle. Germaine Barron. Dos «draperies», colocadas por detrás, caen desde los hombros sobre los brazos.

LUCIEN LELONG

En el Teatro de Capucines, Mlle Favart aparece vestida de raso negro, con un jaretón de «lamé» de oro; el cuello, la corbata de largas caídas y los puños, son también de «lamé» de oro.



La infinita variedad de los escotes es uno de los más graciosos detalles de la moda; pero son pocas las mujeres que saben elegir un escote que favorezca a su rostro. En esto, como en muchas menudencias del vestir femenino, no basta que tal escote esté de moda para elegirlo. Por ejemplo, el cuello «Claudina», encantador para una mujercita de rostro juvenil, resulta ridículo en una señora de cierta edad. El cuello alto y recto sienta bien a los cuellos largos y finos; en cambio, la abertura en forma de V alarga la línea. Y la echarpe, velando la doble barbilla, hace un favor inapreciable a algunas caras demasiado redondas.



TRAJES DE PUNTO PARA EL GOLF

Los trajes de «jersey» gozan de un gran favor, y parece que en estos momentos las listas atravesadas se prefieren a las verticales. El modelo que aparece arriba, a la izquierda, es de punto «tete de negre», «beige» y castaño, con un cuello de punto blanco.

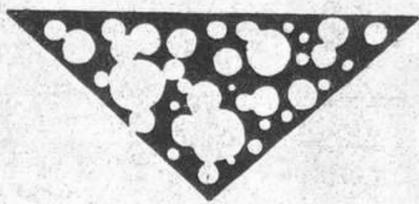
Arriba, en el centro, vestido de punto, blanco y azul, preparado para pasar una temporada en el mediodía; la cintura se abre sobre dos bolsillitos; el cuello, forrado de «jersey» azul, se cierra con una corbata «gros-grain», azul marino.

De los tres modelos que aparecen arriba, el de la derecha lleva listas muy finas, que favorecen mucho más a la silueta que las listas anchas; un delantal, de anchas tablas planas, va pegado debajo de una franja de «jersey», más oscuro que el resto del traje.



Vestido de punto blanco, listado en verde y negro. En su parte inferior, le ensancha una tabla hueca, que nace debajo de una tira de «gros-grain» negro; el cuello y los puños son negros también.

PARA ESTAR EN CASA



Arriba, traje de terciopelo estampado, con amplias mangas, cuyo forro, así como el cuello del traje, es de terciopelo liso. Por delante, un «panneau» plisado, le da cierta originalidad.



Traje de «twill» azul o rosa, con grandes lunares blancos, forrado de una duvetina de seda muy mullida y de mucho abrigo. De idéntica duvetina son los puños, el cuello y la cintura.



PARA ESTAR EN CASA



Pijama de raso negro, sobre el cual se coloca un abrigo de terciopelo listado y ligeramente ensanchado hacia abajo y bordeado de piel; la misma piel bordea las mangas y forma el cuello.



«Tea-grown» de «crepe-satin» blanco y encaje de seda blanca; también puede hacerse con encaje de plata.





Arriba, a la izquierda, traje de sastrería de duvetina azul marino, adornado con duvetina negra. El cuello, alto, va forrado de negro. La cintura es de ante, con una hebilla de galalita.

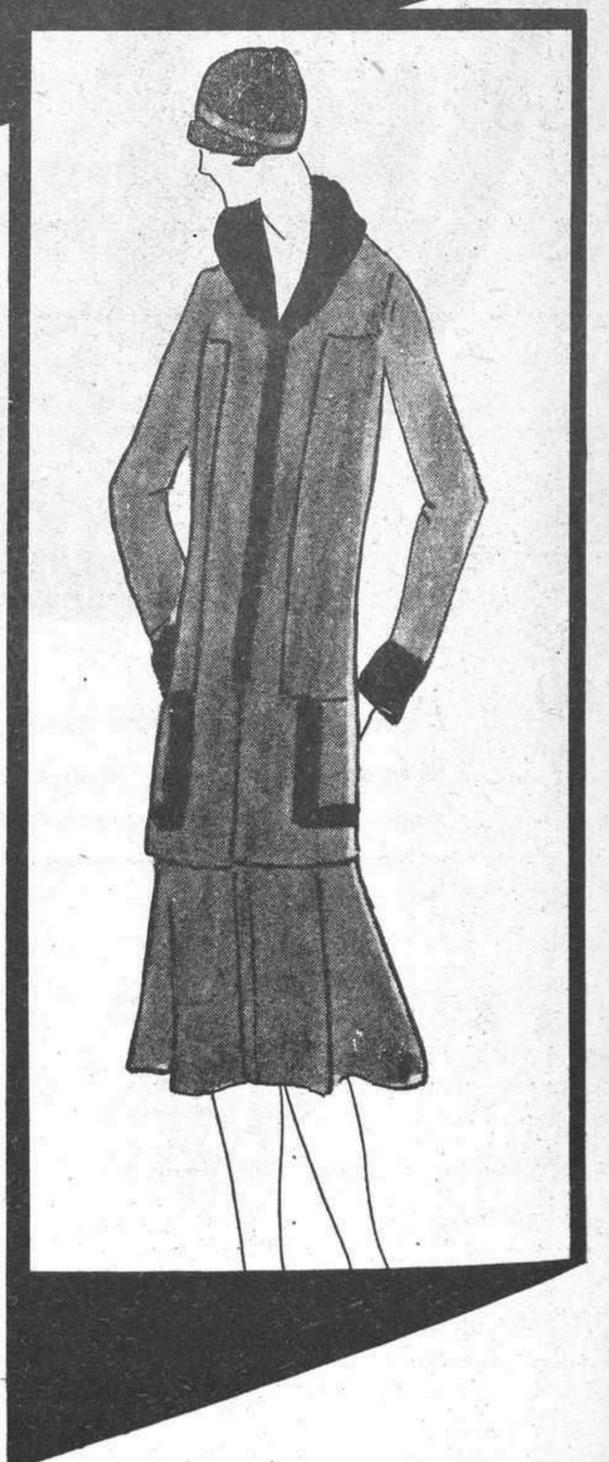
En el centro, abrigo de drapella, adornado de rata chinchilla; el bajo es de drapella gris. Este abrigo se abrocha completamente a un lado.

El tercer modelo —arriba— es un traje de terciopelo de lana gris, con un cuello y puños de nutria. Una tira de terciopelo de lana, negro subraya el bajo de la levita y de la falda.



Abajo, a la izquierda, modelo de levita corta con canelones, tal como algunos modistas quieren ponerla de moda el verano próximo; los puños son de «renard» negro, y una franja de la misma piel adorna el cuello, que es muy largo.

Abajo, a la derecha, traje encantador para una muchacha. Es de reps verde botella, con anchos bolsillos, subrayados por una estrecha tira de piel de nutria. El cuello es de nutria también.



ABRIGOS DE PIEL



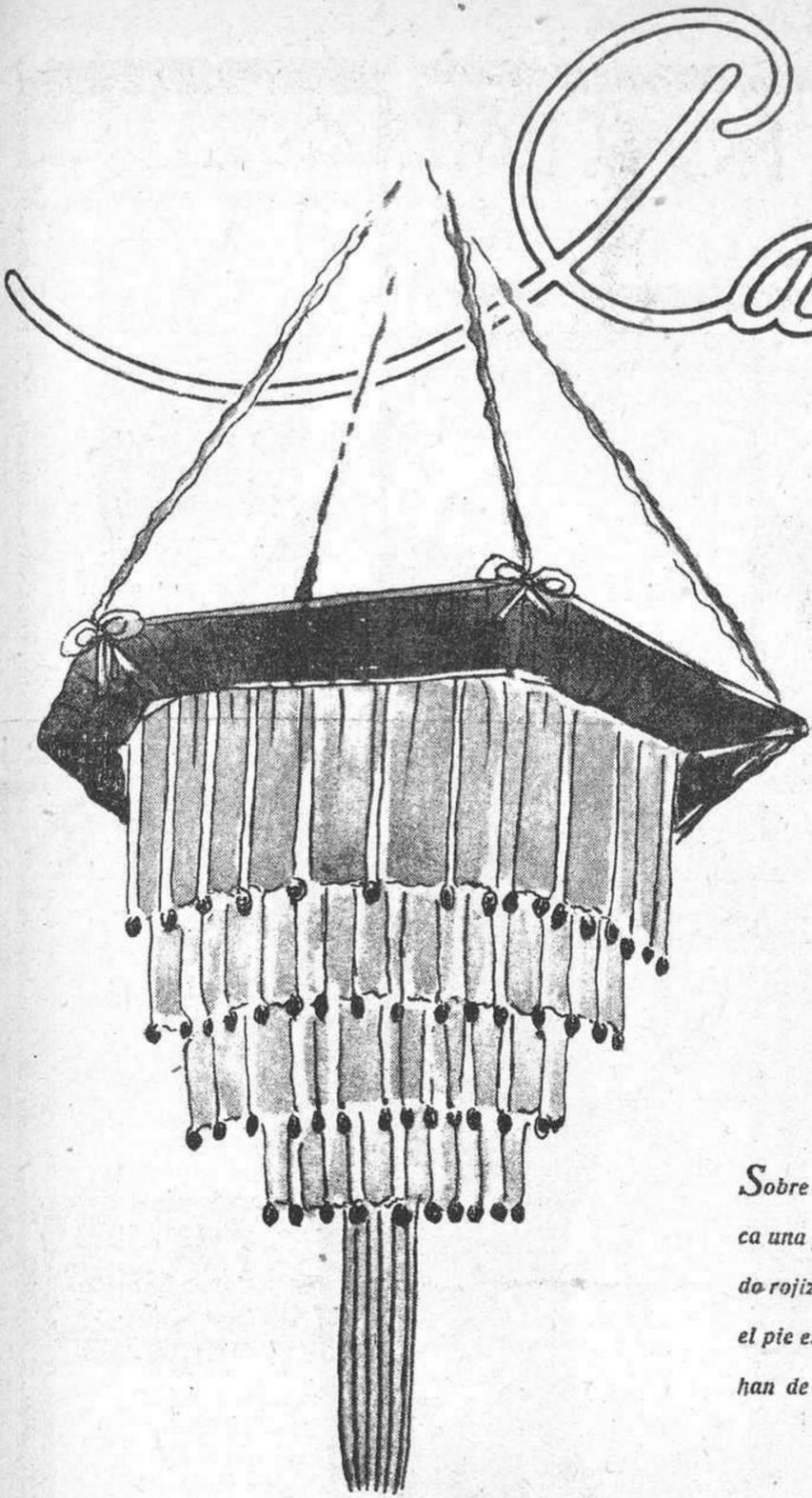
Se nos predice un invierno tan riguroso que todas soñamos con los abrigos de pieles. Este hermoso modelo de nutria lleva amplios canelones y un ancho zócalo de rata chinchilla.

La piel de cordero «rasé» y la de potro están de moda, y resultan menos costosas que otras pieles. He aquí, por ejemplo, un abrigo de cordero «rasé» que imita admirablemente el «breichwanz» y que lleva un amplio cuello y puños de liebre teñida.

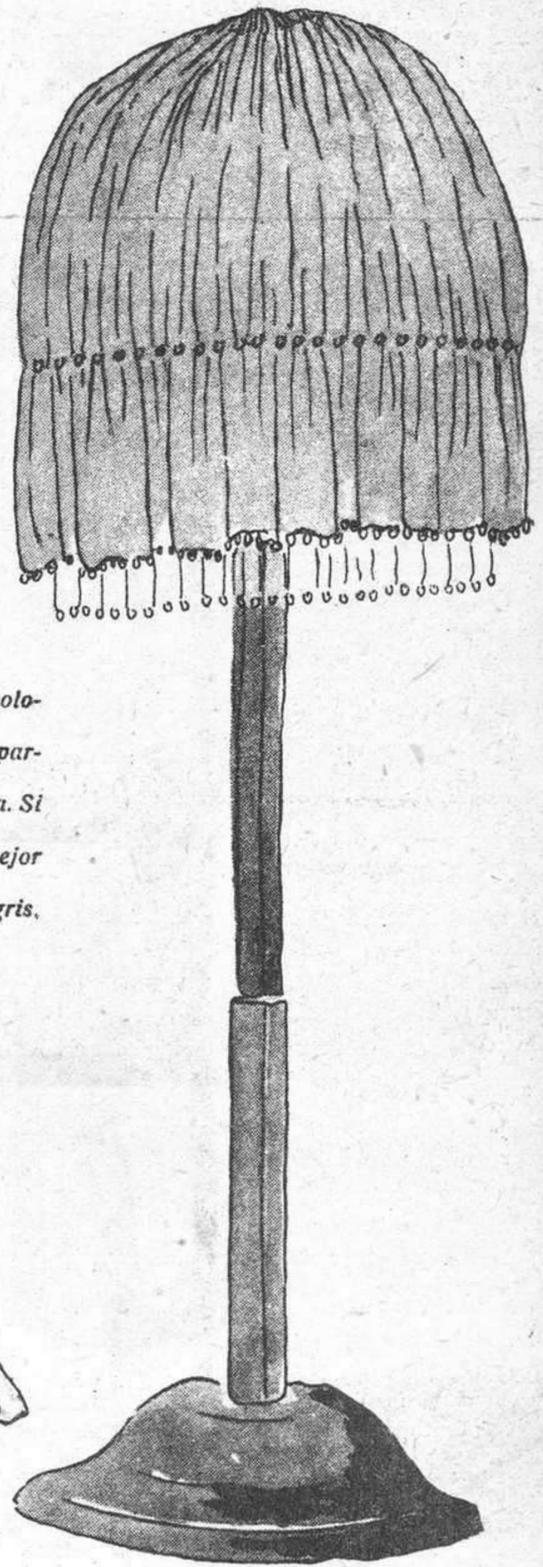


La piel de pantera es muy original y se hacen con ella preciosas prendas de «sport». El modelo adjunto va adornado con nutria; esta es una combinación acertadísima, pues los colores de ambas pieles entonan perfectamente.

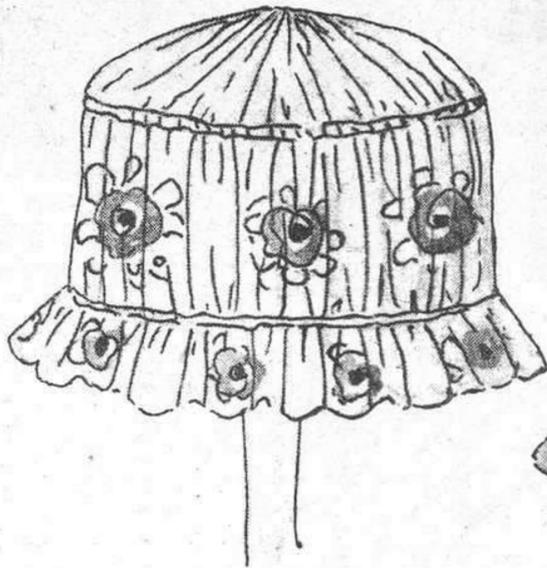
Pantallas



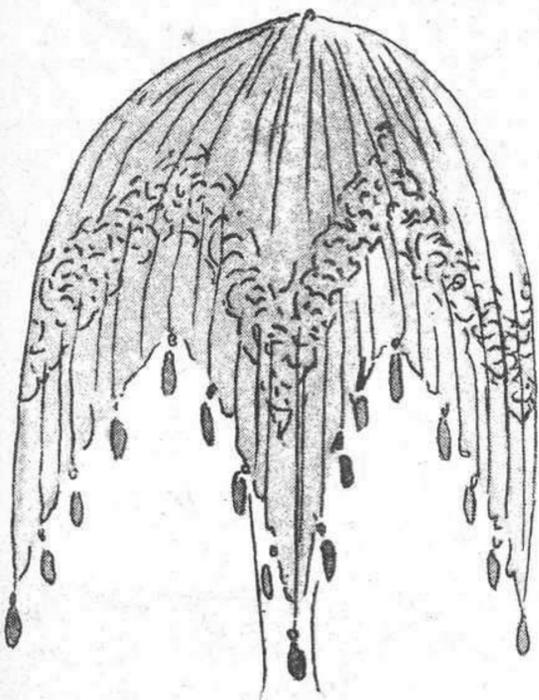
De esta pantalla, de muselina de seda, cuelgan gruesas y pesadas cuentas de madera, del mismo color que va pintado «al ripolin» el ancho bastidor cuadrado que sirve de armadura.



Sobre un pie de madera dorada, se coloca una pantalla de muselina de seda pardo rojiza forrada de muselina blanca. Si el pie es plateado, los colores que mejor han de entonar con él son azul y gris.

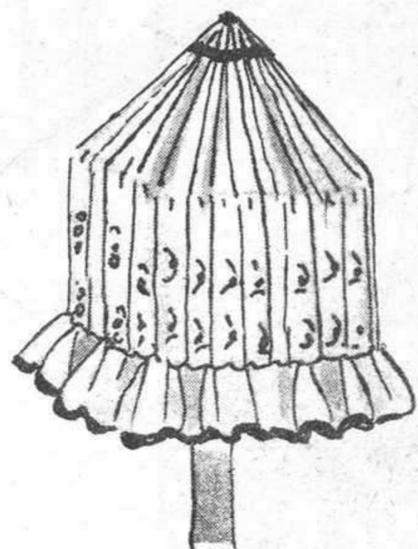
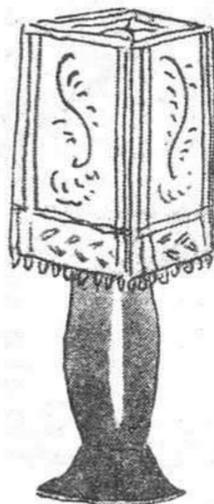


Esta pantalla es muy apropiada para un cuarto de pollita. Es de muselina blanca y lleva, incrustados, motivos de muselina de seda florida multicolor.



Esta pantalla, que forma picos, es de muselina verde y encaje de plata, orlada con gruesas aceitunas de madera pintada.

Sobre un florero, transformado en lámpara de cabecera, se coloca una pantalla cuadrada de muselina es:ampada.

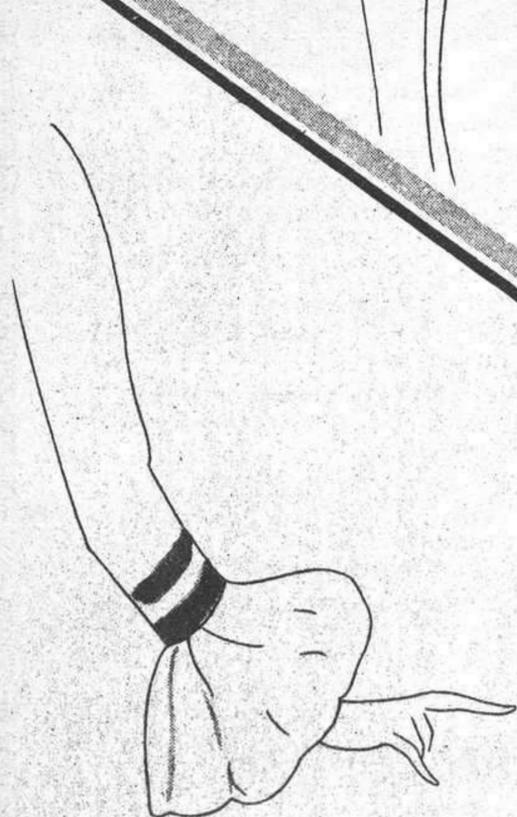


Esta pantalla de muselina, con su volante fruncido, tiene cierto airecillo anticuado que le irá muy bien a una palmatoria de madera pintada.

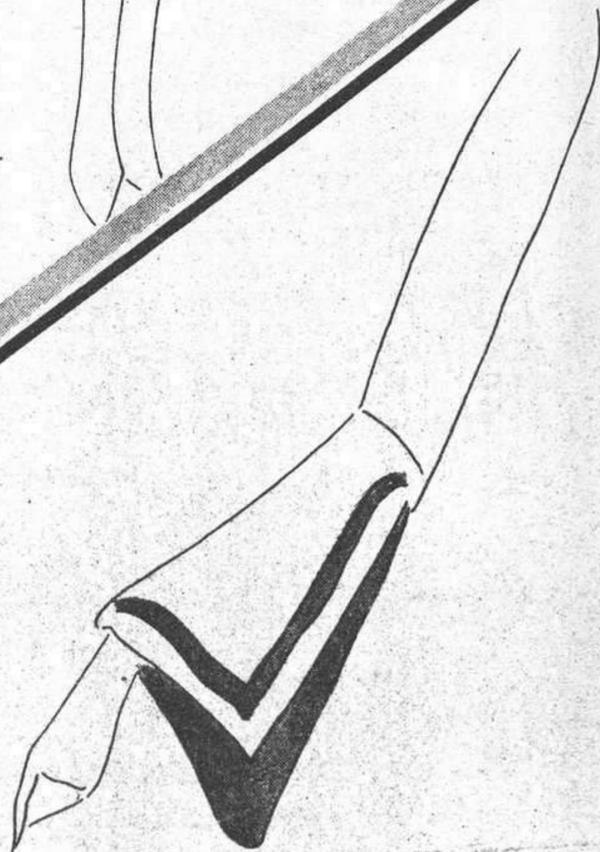
Arriba, a la izquierda, vestido para muchacha, de crespón de China estampado, naranja y azul. El delantal, plisado, va bordeado a los lados por una ancha franja de crespón azul. El cuellecito alto y la abertura, van forrados del mismo crespón azul.

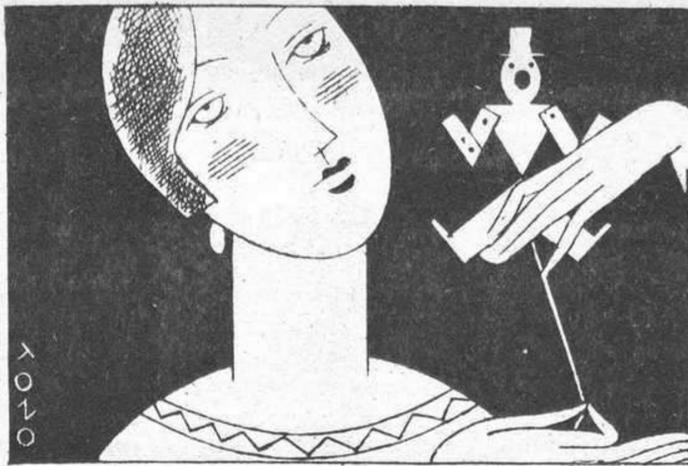
Sobrio vestido de «reps» rojo, adornado con charol negro. Cierra a un lado. Los gruesos canelones de la parte inferior van subrayados por tiras de charol.

A la derecha, vestido de terciopelo negro, abierto sobre un canesú de «faille» blanca. Una estrecha cinta de «faille» ribetea la abertura y se anuda formando una corbata. Puntos de «faille» blanca.



Estas dos formas de mangas gozan actualmente de un gran favor. Una —a la izquierda—, medio larga y con un volante «en forma», resulta algo paradógica en este momento del invierno. Otro tanto puede decirse de la manga ancha —a la derecha—, que aparece en muchos abrigos y trajes de sastre.





MONINA

NOVELA

POR

C Y P

(Continuación.)

—Pedrito —dijo la marquesa después del almuerzo, cuando todos estuvieron reunidos en el salón—, no me has dado el libro que te encargué ayer.

—¿Qué libro, tía?

—La novela de Dumas, para el cura.

—¡Ah!... Ya no me acordaba.

—¿Se te olvidó el encargo?

—¡Nada de eso! Sino que Pellesín no la tenía.

—Es extraño, porque está muy surtido.

—¡Cualquiera lo diría! Más bien me ha parecido que ni siquiera conoce ese libro.

—¡Qué disparate!

—Te digo que no. Y empeñado el testarudo en que ese libro no era de... de... ¿Cómo se llama... ese...?

—Dumas.

—Sí, Dumas; eso es. Pues todo el rato estuvo repitiéndome: «Yo conozco bien a Dumas..., bastante bien..., pero aseguraría que ese libro no ha sido nunca suyo». En fin, ha quedado en buscarlo y en enviarlo, si lo encuentra.

—Aquí hay —dice Rueille revisando el correo llegado durante el almuerzo—. Aquí hay una carta de su librero, abuela; sin duda no ha encontrado la novela.

—Ábrala, Pablo, hágame el favor.

Rueille desdobló la carta y leyó:

«Señora Marquesa: Es imposible encontrar el libro perdido por su señor sobrino. Deseoso de servirla, he buscado entre mis colegas y he teleografiado a París, de donde me responden que *El bastón del señor Molard* no existe ni ha existido nunca en librerías.»

—¿*El bastón del señor Molard*? —preguntó la marquesa, sin comprender—. ¿Qué es eso?...

Y de pronto exclamó asombrada:

—¡Ah!... *El bastón del señor Molard* es *El bastardo de Mauleón* en boca de Pedrito. Razón tenía yo al querer escribirle el título, pero él se empeñó en que no hacía falta.

El señor de Jonzac elevó los ojos al cielo, medio risueño y medio disgustado.

—¡No hay quien pueda hacer carrera de este animal!

—Uno es como puede —dijo Pedrito, muy colorado—; además, que ayer estaba un poco aturdido, porque por poco volcamos al entrar en Pont-sur-Loire.

—¿Volcar? —preguntó la señora de Bracieux—. Pues ¿qué pasó?

—Que Monina tuvo la absurda idea de pasar en *mail* por la calle de Rabelais..., y el señor de Clagny le hizo caso... ¡El viejo loco!...

—¡Eh, niño —dice la marquesa— hable usted con más respeto de mi buen amigo el señor de Clagny!

—No tiene pizca de formalidad su buen amigo para sus años. Pudo habernos estrellado. Sin contar el barullo que armamos en la calle de Rabelais. Las ruedas del *mail* rozaban el borde de las aceras, los muchachos escapaban de entre las patas de los caballos, el sonido de la trompeta hacía que las mujeres se asomaran a las ventanas dando gritos. ¡No dejaba de ser divertido! Y las había bien bonitas, ¿verdad, Pablo?

Y como Rueille, preocupado, no respondiese, se volvió al abate:

—¿Verdad, señor abate?

El abate Courteil respondió sincero:

—No sé nada; no me fijé.

Pedrito no se dió por vencido.

—Bueno. Y tú, Monina, ¿tampoco te fijaste? De fijo que sí. ¡Y que las miraba con unos ojos como cachorriillos!

—¿Yo?... —dijo Monina, cuyo rostro se coloreó de pronto—.

¿Yo?... ¡Tú sueñas!... No vi nada. Tenía mucho miedo. La marquesa preguntó:

—¿Miedo de qué?

—De volcar, abuela; Pedrito tiene razón. Estuvimos a punto de volcar.

—Y también la tiene diciendo que fué absurda la idea de ir en coche de cuatro caballos por tal callejuela... ¿Quién te la metió en la cabeza?...

Monina mira a Juana Dubuisson, que, muy encarnada también, con la vista en el suelo, escuchaba la discusión sin tomar parte en ella.

—¡Dios mío! ¡No sé cómo fué aquello! Creo que el señor Clagny iba diciendo que sus caballos obedecían tan bien, que era capaz de dar con ellos la vuelta en un plato. Entonces se me ocurrió a mí: «Apostaría a que no pasa usted por la calle de Rabelais, estrecha y tortuosa...»

Pedrito protesta:

—¡No fué así! Fuiste tú quien dijo: «Vamos por la calle de Rabelais, que será divertido...» Y como él dudaba, pues hay que hacerle la justicia de que dudaba, tú insististe todo cuanto te dió la gana.

—Pero —dijo el señor de Jonzac viendo a Dionisia un poco turbada—, ¿qué interés quieres tú que tuviera tu prima en pasar por allí o por otra parte?

Pedrito respondió perplejo:

—Eso es lo que yo me pregunto.

Y luego, saltando a otra idea:

—En cambio al señor de Bernés parece que no le hacía mal la gracia pasar por allí. Yo no sé por qué, pero había que ver la cara que puso...

—¡Dios mío, qué cara...!

Enrique de Bracieux se echó a reír y dijo:

—Ya sé yo por qué ponía mala cara el pobre Bernés: tenía miedo de que le riñeran.

—¿De que le riñeran? —preguntó Monina inocentemente, abriendo mucho sus ojos claros, mientras que la cara bonita de la Dubuisson, siempre tan tranquila, volvió a enrojarse de nuevo—. ¿Por qué?

Y como el silencio se hacía embarazoso, propuso a su amiga:

—¿Quieres venir a dar una vuelta, Juana?

—Voy con vosotras —dijo Pedrito.

—No, que vamos muy bien solas, y tú nos estorbarías —le contestó Monina, separándole con la mano.

Y bajando por los peldaños de la escalinata, dijo a Juana, que la seguía algo azorada:

—Ya sé por qué tienes ese aire desconcertado: porque te acuerdas de la historia aquella de la actriz..., no sé cómo se llama, conocida del señor Bernés. Yo no me acordaba de nada, por eso iba tan tranquila. Ya ves cómo tenía razón al decirte que no debías escuchar los cuentos de la tía Rafut.

Juana respondió, pensativa:

—Ya te tengo dicho que tú siempre tienes razón.

Poco después de salir Monina, abandonaron los hombres el salón.

En cuanto la marquesa quedó a solas con Bertrada, se entabló el siguiente diálogo:

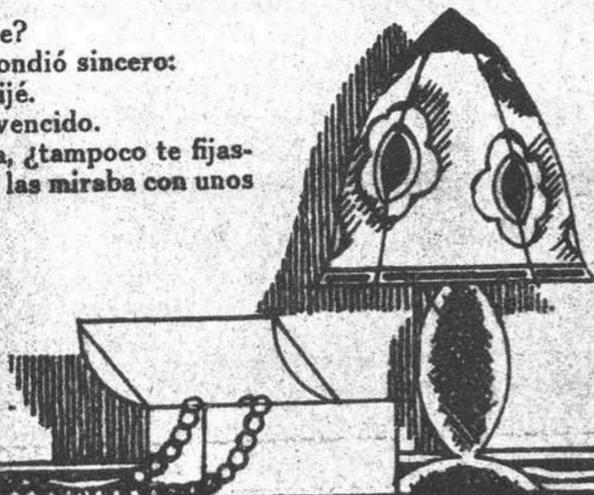
—Dime, Bertrada..., ¡qué mala cara ponía hoy Pablo a la hora del almuerzo!

—¿Cree usted? —contestó Bertrada, no queriendo aprobar ni mentir.

—Lo creo; y tú también. Y mirándoos a los dos se me ha venido una idea a la cabeza.

—Veamos la idea.

(Continuará en el número próximo.)



NUEVO CONCURSO

EL MARIDO -:- LA MUJER

Os invitamos, lectoras, a definir *vuestro tipo de marido*. Os invitamos, lectores, a definir *vuestro tipo de mujer*. Pero cuidado: no os pedimos una silueta *ideal*, porque entonces los pareceres coincidirían demasiado y acaso pudieran resumirse en una sola palabra: *perfección*.

Y la perfección no es de este mundo. Los humanos somos limitados, incompletos y falibles. Se trata, pues, no de enfilear una letanía de virtudes, sino supuesto el resignarse a no encontrarlas todas, indicar cuáles son las más deseables y cuáles las menos imprescindibles; supuesto el haber de encontrarse con deficiencias, indicar cuáles son las más insufribles y cuáles las más llevaderas.

Oportunamente concederemos importantes premios para este Concurso. Pero más que la esperanza de alcanzarlos, quisiéramos que estimulase a nuestros lectores, y les incitara a tomar parte todos en este Concurso, el sentido profundo que a su resultado creemos poder atribuir.

Este Concurso, es decir, las respuestas que nuestras lectoras y nuestros lectores quieran enviar a él, puede contribuir singularmente a que se esclarezca, concrete y defina, en uno de sus aspectos más complejos, sintomáticos e interesantes, el verdadero sentir de la juventud española en esta hora crítica e incierta.

Burla, buriando, quien guste de improvisaciones y donaires, o reflexivamente quien prefiera exponer una opinión meditada y profunda, la juventud de hoy puede como nadie orientar a las generaciones presentes, y en especial a las que sufren ante el momento actual el desconcierto de ver tambalearse lo que ellas, cuando empezaron a vivir, creyeron columnas, no sólo firmes y sólidas, sino indispensables para el sostenimiento de la bóveda social.

He aquí el contenido latente en esta invocación que, aparentemente frívola y superficial, puede sin mengua de su finalidad conservar en todo momento una alegre y ligera vestidura. Porque sea cualquiera su modo de presentarse, conservará en todo caso, el valor documental que nosotros buscamos.

Para ordenar y sistematizar las respuestas encerramos el Concurso en estas preguntas:

PARA LAS LECTORAS

¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su marido?

¿Cuáles otras suyas apreciaría usted menos?

¿Qué dotes físicas le gustaría más que tuviera, y de cuáles le importaría menos que careciese?

¿Qué ideas le gustaría a usted que tuviese sobre la familia, la sociedad y, en general, las condiciones y costumbres de la vida moderna?

¿Qué preeminencia social preferiría usted que se diese en él, y cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

¿Qué profesión le gustaría más en él?

PARA LOS LECTORES

¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su mujer?

¿Cuáles otras suyas apreciaría usted menos?

¿Qué dotes físicas le parecerían en ella preferibles, y cuáles menos esenciales?

¿Qué ideas le gustaría a usted que tuviese sobre la familia, la sociedad y, en general, las condiciones y costumbres de la vida moderna?

¿Qué preeminencia social preferiría usted que se diese en ella, y cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?

No es necesario ser soltera o soltero para tomar parte en este Concurso. Los casados pueden dibujar en él la silueta correspondiente a sus preferencias. Si coincide con la realidad de su vida, tanto mejor.

No es lo que pretendemos que cada marido o cada mujer, cada novio o cada novia, *piropeen* en nuestras columnas a sus amores respectivos diciendo, verbigracia, mimosamente: «*Las cualidades preferibles son las de mi maridito*»; «*Mi Pepe sería el marido ideal*», o con ritmo versallesco: «*Lo que mi bella esposa —o lo que mi adorado tormento— tiene o no tiene es lo que para mí existe o no existe*». No. Nosotros pretendemos obtener un resultado de orden general y no un catálogo de la felicidad privada de las parejas españolas, que por lo demás, si se trata de los lectores nuestros, suponemos perfecta, además de deseable así muy fervorosamente.

Las respuestas de cada concursante no podrán exceder de mil quinientas letras. Todas estarán escritas con letra clara y por un solo lado del papel.

Los concursantes firmarán precisamente con seudónimo; no se admiten respuestas firmadas con nombre y apellido auténticos. Conviene (pero no lo exigimos) que los concursantes nos digan su nombre verdadero y dirección para el caso de que le corresponda alguno de los importantes premios a que más arriba nos referimos.

Las respuestas se enviarán bajo sobre y precisamente con la dirección escrita en esta forma:

PARA EL CONCURSO

Señor Director de MUJER

MADRID
Apartado 447

PERDÓN...

Al anunciar que el plazo de admisión de los Concursos «Lo pasado, lo presente, lo porvenir» y «¿Qué es flirteo?» terminaba el día 12, no habíamos tenido en cuenta que las exigencias de ajuste de la revista nos obligan a preparar los originales con una anticipación considerable. Rogamos, pues, a las lectoras, cuyas respuestas —valiosísimas todas, por supuesto— han llegado demasiado tarde para poderse publicar, que nos perdonen este pequeño error... y que nos demuestren este perdón, aportando a nuestro nuevo concurso EL MARIDO-LA MUJER la cooperación de su ya bien probado ingenio y sensibilidad.

MENÚS Y RECETAS

1.º ALMUERZO.—Huevos al foie-gras.—Salmón con cebollitas.—Zarzales o tordos en salsa.—Ensalada real.

Huevos al «foie-gras».—Se cuecen, pelan y parten por mitad. Las yemas se desmenuzan, mezclándolas con foie-gras de lata o terrina. Se amasa todo mucho, relleno con la pasta los huecos de las claras, y cuando estén todos rellenos se colocan en una fuente que resista el fuego; se cubren con una salsa blanca y se meten en el horno fuerte para dorarlos, sirviéndolos en seguida que se sacan.

Hechos así, son facilísimos y exquisitos.

Salmón con cebollitas.—Se cuecen unas cebollitas en una cacerola con agua, sal y aceite.

Luego que estén cocidas se ponen con ellas el salmón partido en dos o tres pedazos, se le añaden especias y avellanas machacadas, se cuece, y se sirve con ruedas de limón.

Zorzales o tordos en salsa.—Se limpian, vacían y preparan, espolvoreándolos de sal. Después se introduce en su interior un pedacito de tocino y un granito de pimienta negra a cada uno, para freirlos luego en manteca.

Una vez fritos, se colocan en una cacerola para hacerles la salsa.

Se prepara ésta, espolvoreando los higadillos de sal y sahumándolos en aceite dorado: se machacan después éstos en el mortero, se deshacen con caldo, y mezclando también en el mortero un poquito de harina, se vierte sobre los pájaros para que se cuezan a fuego vivo por espacio de una media hora, resultando con una salsa rojiza y espesa, muy suculenta y agradable.

Ensalada real.—Se pica, muy menudamente, escarola, apio y cebolla, que se pone en agua para escurrirla después muy bien y aderezarla con aceite, vinagre y sal.

2.º COMIDA.—Puré de pollo.—Pescadillas en salsa de tomates.—Liebre con guindilla.—Coliflor a la vinagreta.—Monte nevado.

Puré de pollo.—Se aparta el pollo del cocido, se deshuesa y machaca la carne en el mortero con sal, nuez moscada y pimienta; se deslíe en un poco de caldo, se pasa por tamiz, se calienta al servirlo, sin que llegue a cocer, y se sirve con costrones de pan frito.

Pescadillas en salsa de tomates.—Las pescadillas se lavan y destripan, dejándolas los higados y dándoles cuatro o cinco cortes, poco profundos, en cada lado. Hecho esto, se ponen en un adobo compuesto de zumo de limón, sal, perejil en rama y cebolla picada.

Cuando se han tomado del adobo, se enharinan y frien, regándolas con salsa de tomates para servir las.

Liebre con guindilla.—Se frie, primeramente, en aceite, ajo y cebolla; luego se agrega la liebre en pedazos, una guindilla dulce o picante, según el gusto; unas hojas de laurel, y se le echa agua para que cueza hasta ablandarse.

Cuando está tierna se le pone ajo, pimienta negra y el hígado de la liebre, todo machacado, y si éste no gusta, una miga de pan; se deshace con agua, y dejándole que dé otro hervor, se sirve.

Coliflor a la vinagreta.—Se cuece, escurre y saltea a la sartén, sin grasa, para que se evapore el agua. Luego se aliña con una vinagreta, que se hace picando perejil y cebolla muy menudas, yemas de huevo deshechas y las cla-

ras muy finamente picadas, batido todo con aceite y vinagre. Se guarnece el plato con ruedas de huevos duros, y se sirve.

Monte nevado.—Se baten a punto de nieve tres claras de huevo; se les añade un poco de azúcar tamizado; y se cuece, a cucharadas, en medio cuartillo de leche hirviendo.

En el fondo de la fuente o frutero donde haya de servirse, se colocan bizcochos de plantilla, y sobre esto se amontonan las cucharadas de clara cocida, se espolvorea de azúcar y canela, y se sirve.

3.º ALMUERZO. (Económico).—Huevos en salsa.—Hígado en salsa de tomates.—Ensalada de zanahorias.

Huevos en salsa.—Se cuecen duros, se parten por medio y se frien en aceite; se les quita un poco de grasa, haciéndoles una salsa de almendras machacadas con una miga de pan frita, ajo, azafrán y pimienta, molido todo; se les da un hervor, sazonándolos de sal y poniéndoles un poquito de agua; se sirven con una salsa regular.

Hígado en salsa de tomates.—Se corta en lonchas delgadas un pedazo de hígado de ternera, que se espolvorea de sal fina; se bañan en huevo batido, se envuelven en pan rallado y se frien, sirviéndolas sobre salsas de tomates, que estará colocada en una fuente.

Al freirlas, debe hacerse con abundante aceite y a fuego vivo, dejándolas que se doren.

Ensalada de zanahorias.—Se escogen zanahorias de regular tamaño, que se lavan y raspan, cocidiéndolas después en agua con sal. Luego que estén cocidas, se escurren, y estando frías se sirven, partidas en rodajas y aderezadas con aceite, vinagre, sal fina, si la precisan, perejil y hierbabuena muy finamente picados.

4.º COMIDA. (Económico).—Potaje de garbanzos con cilantro.—Bofes de carnero.—Croquetas de sémola.

Potaje de garbanzos con cilantro.—Se ponen a remojar la noche anterior como para el cocido, y al día siguiente se cuecen en agua templada con un pedacito de bacalao.

Una hora antes de servirlos se les guisa con aceite y cebolla fritos y un polvo de pimiento molido, que se le pone al echarlo sobre los garbanzos. También se les añaden entonces unas espinacas o acelgas cocidas y exprimidas y unos pedazos de pimientos frescos o secos. Un poco antes de servirlos, se les agrega un machacado de pimienta negra, clavo, un ajo y cilantro.

Bofes de carnero.—Después de hervidos y espumados, se cortan en pedacitos, para rehogarlos en sal y manteca; se les añade bastante cantidad de tomates picados, y un momento antes de servirlos se le pone un machacado de una chispa de ajo, pimienta, clavo y agua tibia; se deja un momento al fuego, y se sirve.

Croquetas de sémola.—Se cuece una cantidad de sémola con leche y azúcar, o con caldo del cocido y sal, sin dejar de moverla hasta que forme una pasta espesa.

Se extiende luego, como todas, en una fuente, para que se enfríe, haciendo y rebozando las croquetas como de costumbre.

VIANDAS DE LA ESTACIÓN

Carnes.—Cerdo fresco: Lomo, chorizos, salchichas, longaniza, farinatos, sobrasada, etc., etc.

Caza y aves: Liebre, venado, jabalí, conejo, perdices, tordos, zorzales, chachas, avefrías o aguanieves, chorlitos, calandrias, trigueros, alondras, etc.

Pescados.—De mar: Arenques, atún, besugo, cazón, calamares, lenguados, merluza, pescadilla, salmonetes, angulas, almejas, ostras, mariscos, etc. etc.

De río: Bogas, anguilas, tencas, etc., etc.

Verduras.—Lombarda, berros, espinacas, acelgas, berzas, calabaza, coliflor, coles, espárragos del campo, remolachas, setas, zanahorias, lechugas, escarolas, apio, etc., etc.

Frutas verdes y secas.—Piñas, naranjas, manzanas, peras, uvas, plátanos, pasas, higos secos, orejones, castañas, nueces y bellotas.

ISABEL GALLARDO DE ALVAREZ.



Los niños auténticos

Publicaremos en esta Sección los dichos y hechos infantiles graciosos, conmovedores o interesantes que, tomados de la vida real, nos envíen nuestros lectores.



S. (cinco años) vuelve de paseo con María, su niñera (joven y no fea). Al llegar a casa le dice a su madre:

—Mamá, ¿por qué los hombres de la calle le dicen a María guapa y a mí no me dicen nada?

T.

□ □ □

Luisito, que tiene cuatro años, está cenando en casa de unos parientes después de un largo viaje, y como no contesta a lo que le preguntan, su mamá, para disculparle, dice: «Es que tiene algo de sueño», y Luisito rápidamente dice: «Algo, no; mucho».

□ □ □

Mamá manda a Luisito que vaya a cerrar una puerta que golpea en una habitación que está a oscuras. Luisito vacila un momento; pero luego, tomando una actitud heroica, dice mientras va a cumplir lo mandado: «Los hombres no tienen miedo».

□ □ □

Luisito tiene una hermanita más pequeña que él, y como es muy traviesa, papá le dice: «Mira, Luisito, nosotros pedimos una nena buena, y como esta es mala, vamos a cambiarla por otra». Luisito reflexiona un momento y dice: «No quiero». «¿Por qué?», le pregunta su papá, y contesta: «¿Y si la otra es más mala?»

□ □ □

Luisito está viendo unas alerías del PINOCHO, en que hay un sol pintado; después de contemplarlo un buen rato, dice: «Mamá,

¿tú has visto alguna vez al sol con ojos y cara?» Su mamá le dice: «No», y entonces pregunta: «¿Entonces por qué lo pintan aquí?» La mamá no contesta nada.

UNA MADRE.

□ □ □

Rori, cuatro años, está almorzando con sus hermanitos; pero ha tardado más que los otros en tomar el primer plato. Ellos llegan al postre, y el principio de Rori está calentándose en la cocina. La abuelita, sin fijarse, le sirve también el postre; y como el pequeño sabe que los niños no piden nada en la mesa, dice a su hermanito: «¿Yo creía que antes del postre se comía el principio?»

□ □ □

Baby, ratón indiscreto, nota que su mamá tiene algunas hebras blancas entre sus cabellos de ébano; se lo hace notar, y la madre le dice: «Son los disgustos que me has dado, porque has sido malo». Pero Baby no se arredra y exclama: «Entonces tú, mamá, has sido bien mala, porque has dado muchos disgustos a la abuelita».

MIMÍ.

□ □ □

Estábamos comiendo en casa de unos señores, y estaba Pepín, niño de cuatro años, sentado también en la mesa, y al verle su abuelito comer con los dedos y chupándose uno de ellos, le hizo presente el abuelo que cogiese el tenedor, y le contesta Pepín: «Abuelo, ¿y para qué quiero yo este dedito?»

UNA CORDOBESA.

La pregunta de «Infantina».

(CUENTO)

Clotilde-Elisa Enriquez, llamada por todos *Infantina*, es una chiquilla encantadora, aun en medio de sus extravagancias. Debe su sobrenombre a una película que vió de pequeña, en la que una princesita de su edad atendía por *Infantina*. Clotilde-Elisa quiso la llamar así también en su casa, y como sus caprichos eran órdenes, todos la dieron desde entonces el dulce nombre que para ella parecía hecho: *Infantina*.

Mirémosla ahora en su gabinete contemplando la admirable bahía viguesa. Su cuerpo delicado tiene la flexibilidad de las palmeras, sus negras pupilas brillantadas por la fiebre y su extrema palidez indican que su salud está algo quebrantada. Tiene veintitrés años, pero con su vestido color palo de rosa y su melena cortada parece una niña.

Sentada ante una mesita, saca de una caja dorada unas cartas, y después de leerlas estalla en sollozos, exclamando:

—¡Ingrato mil veces! ¡Qué haría para poder olvidarle!

Y ocultando su cabecita en el sillón llora amargamente su primer desengaño. Su cuñada Lucila entra de puntillas, y viendo aquel desconsuelo pregunta acercándose:

—¿Por qué lloras, *Infantina*? ¿No comprendes que Fernando se va a incomodar conmigo si te encuentra peor que cuando se fué?

Y así diciendo la joven acaricia a la hermana de su esposo.

Infantina se echa en aquellos brazos amigos y murmura:

—¡Le quiero más que nunca, y él... no me quiere!

Y acabada su confesión sigue llorando sobre el hombro de su hermana.

Lucila, sin comprender, pregunta inquieta:

—¿Quién puede no quererte a ti? ¿De quién hablas, *Infantina*?

—De Xavier Esteban. Me explicaré. Era amigo de Fernando cuando los dos estudiaban Medicina en Madrid. A casa iba mucho, me contaba cuentos y me llevaba bombones, y yo le quise con toda mi alma de niña, y le sigo queriendo todo cuanto yo puedo querer.

Lucila la mira asombrada, nunca pensó que Clotilde-Elisa pudiese amar a ningún muchacho, y he aquí que de repente veía aquel corazoncito querer impetuosamente. Para consolar a *Infantina* dícela cariñosamente:

—Continúa, queridita. ¿Por qué sabes que no te quiere?

—Cuando concluyó su carrera creyó que yo hablaba con un muchacho. Me lo preguntó. Le dije que sí, porque no quería supiese que le amaba, y entonces él me dijo despidiéndose: «Puesto que usted habla con ese chico, yo sobre aquí; adiós para siempre, *Infantina*». Creí sería una broma, pero no volvió más por casa, y yo ¡he llorado tanto por él! Luego vinieron algunos acontecimientos: la muerte de la pobre mamá y el casamiento de Fernando contigo. Por último, al entrar mi hermano en la Mala Real Inglesa como médico de Marina, nos vinimos tú y yo a vivir a Vigo. Este fué un rayito de luz para mí, ya que Xavier vive en su pueblo de X, a pocos kilómetros de Pontevedra. Le escribí dándole cuenta de nuestro cambio de residencia. Su respuesta cariñosa me llenó de júbilo: me llamaba «su muy querida *Infantina*», y me prometía venir a pasar algunos ratos, que serían deliciosos a mi lado. Le contesté. Y la suya fué casi más encantadora que la primera. Entonces yo puse una carta última, y en ella le dejaba leer entre líneas lo que yo le quiero. A ésta no ha contestado. Desde esa fecha estoy mala, y creo llegaré a morir.

Lucila toma las cartas que *Infantina* le presenta, y después de leerlas se las devuelve diciendo: Sé razonable Clotilde-Elisa; el tal Xavier no merece ni una lágrima tuya, mucho menos tu preciosa salud; procura olvidarle y ponerte buena; no es digno de tu amor quien después de haber sabido hacerse querer, no quiere corresponder a lo que ha sabido inspirar.

—No pienses así, Lucila; él lo merece todo; es el ser más recto y formal que he conocido; segura estoy de que jamás hará una acción indigna. Es excepcional.

—Lucila responde severamente: No veo yo que sea muy digno hacerte creer que te quiere, dejarte adquirir una esperanza, y cuando por fin tiene la certeza de que le amas, no poner ni unas líneas para aminorar el terrible golpe que habías de recibir; eso es caer de formalidad y hasta de corazón.

Infantina da un grito ahogado y exclama: Calla, por favor, si no escribe será... porque no pudiendo amarme como quisiera, y deseando evitarme el disgusto, no conteste por no saber cómo hacer.

—No le defiendas, *Infantina*; lo que ha hecho es una crueldad; sería más noble decir la verdad, sea cual fuere; su silencio le hace poco favor. Además, si supones que acaso no pueda amarte, ¿qué pretendes? Ya comprenderás que no vamos a pedir su mano para ti. Una joven nunca debe demostrar su cariño a un muchacho, ni mucho menos mendigar un cariño que se le niega.

Clotilde-Elisa contesta a su cuñada con amarga ironía: ¡Qué bonito es lo que dices! ¡Qué fácil es hablar así cuando no se pasa por ello! No pienso yo como tú, no veo indignidad en amar; al contrario, lo veo muy grande y muy noble, ya que el objeto amado es tan digno de serlo como lo es Xavier Esteban.

Lucila mira espantada a *Infantina*. ¿Cómo puede encerrar esa niña tanta energía y tanto cariño? Luego, viéndola estremecerse, y temiendo por su salud, dícela empujándola suavemente hacia su lecho diciéndole: Ahora acuéstate y descansa para que a las cinco, cuando Fernando desembarque, te encuentre más tranquila; y esta noche le propondré lo conveniente que te sería una temporada en América, y seguramente en su próxima travesía, nos iremos con él, y tú volverás a ser lo de antes, una encantadora rosita llena de vida y de alegría.

Infantina queda un momento pensativa. ¿Marchar a América? ¿Tan lejos de su Xavier? No puede ser —murmura— hay que encontrar un medio de arreglarlo. Son las dos —se dice interiormente— hasta las cinco que llega mi hermano en el buque, tengo tiempo de sobra. Después, abrazando a Lucila, dice risueñamente: Estoy pensando que es mejor dar una vuelta en el coche, así para las cuatro y media estaré de vuelta y con la cabeza despejada. ¿Te parece que me lleve a King?

Lucila, encantada de verla tan consolada, accede a su deseo y la deja marchar, recomendándole se abrigue bien y no vuele demasiado, pues ya sabe ella que, cuando la chiquilla toma el volante, el auto se desliza a una velocidad espantosa.

Infantina promete ser formal, se envuelve en precioso abrigo color malva, y seguida de su fiel terranova sube al auto y parte como una flecha en dirección del lindo pueblo de X..., donde Xavier se encuentra de subdelegado de Medicina.

Ella sabe que es una locura, pero quiere ver una vez siquiera al que para ella es todo. *Infantina* sólo pretende averiguar si la quiere un poquito y poderle demostrar lo mucho que le ama.

Al entrar en el pueblo, le contempla ansiosa.

Luego sonríe y avanza buscando la casa del doctor Esteban. Parece una colegiala que se ha escapado del pensionado. Por fin llega a la puerta de Xavier y siente que su valor disminuye, y con mano trémula llama y pregunta por el doctor; el criado la contesta con su costumbre gallega: «Está, pero no es hora de visita».

Infantina entra resuelta en la casa, diciendo: «No importa; dígame que una enferma necesita de su asistencia».

El sirviente se inclina y la conduce a un saloncito chino mientras él anuncia a su señor que una dama insiste en verle a pesar de no ser hora.

Clotilde-Elisa se sienta en un diván, sobre el cual un enorme dragón parece guardarlos; luego pasa su mirada por la habitación y sonríe, satisfecha del buen gusto de Xavier; después cierra los ojos para concentrar sus ideas, y a los pocos segundos unos pasos firmes hacen estremecer a la señorita de Enriquez; luego ya no hay tiempo demás, pues el doctor Esteban avanza hasta ella, sin conocerla aún.

Clotilde-Elisa tiéndole su mano, diciendo con voz insegura:

—Muy buenos días, doctor; vengo a visitarle.

Y observando la extrañeza de Xavier, añade:

—Es una visita original: de amiga y de enferma.

Xavier estrecha la manita que le presenta y dice cariñosamente:

—*Infantina*, ¿a qué se debe la feliz casualidad de verte en esta casa? ¿Con quién has venido?

Ella sonreía y contesta:

—Vengo a preguntarte una cosa y a charlar un rato contigo, y mi compañero de viaje ha sido King, quien ha quedado abajo teniendo cuidado del coche.

—¿Sabes guiar tú sola? ¿No te da miedo?

—Me ha enseñado mi hermano, y ya ves si soy valiente que me lanzo en una carrera desenfrenada por estas carreteras dando un paseo; pero parece que ha sido demasiado ardo, ya que me ha rendido.

Y diciendo así, echa su cabecita sobre un almohadón.

Xavier está nervioso; él, tan dueño de sí siempre, ahora, ante esta chiquilla que sabe le ama, está agitado. Luego, viéndola tan débil y pálida, se acerca a ella, toma su mano, después de un «permítame» ausculta a Clotilde-Elisa un momento.

Instantes horribles para el joven médico. A su lado se encuentra, enferma y sin fuerzas, la criatura que él conoció llena de vida. Recuerda su última carta y reconoce que él fué el causante del mal que, de no atajarle pronto, hará sucumbir a la enfermita.

Xavier se sienta y, con una mano de ella entre las suyas, la dice entre severo y risueño:

—¿Cómo no te cuidas más? Si tu hermano se entera de lo poco que procuras por tu salud, se enfadaría.

Infantina se yergue un poco y contesta débilmente:

—Es que no quiero curarme, ¿sabes? Porque mi vida carece de objeto ya.

Xavier siente como una corriente eléctrica, y sacudiendo la mano de la chiquilla, la pregunta ansioso:

—¿Con que antes tenía objeto? Y ahora ¿por qué quieres morir? Cuéntame, *Infantina* querida.

Un largo silencio siguió a estas palabras; por fin lo rompe la voz de Clotilde-Elisa diciendo:

—Durante un poco tiempo creí tenía objeto mi existencia, pero hoy ya se ha desvanecido, y morir me sería grato.

—¿Eres tú, la niña piadosa, la que así hablas? Apenas puedo creerlo.

Infantina baja los ojos avergonzada, y murmura:

—Perdona que haya dicho lo que no he debido, pero hay veces que el dolor me abruma tanto que pierdo la noción de todo.

Xavier intenta reanimarla:

—Mira, *Infantina*, la vida se presenta ante ti sumamente agradable y risueña, y tú debes mirarla con un lente del color de tu vestido.

Clotilde-Elisa murmura:

—No digas eso, que me haces daño; escucha, vengo a tu casa con objeto de hacerte una pregunta, y es la siguiente:

El la mira aterrado, pues recuerda las terribles preguntas de *Infantina* años atrás y teme que ésta sea muy extraordinaria, ya que ha sido causa de un viaje desde Vigo.

Infantina hace un esfuerzo, fija en él sus ojos febriles y, con su vocecita acariciadora, comienza como si se tratase de un cuento:

—Supongamos que tú tienes unas palomas, a las que cuidas, y las que te conciben y quieren como a su dueño; tú las echas miguitas, las acaricias, y ellas llegan a posarse en tu hombro y a tomar las migas de pan de tu propia mano. Sigamos suponiendo que un día estás aburrido, y no bastan las palomitas para disipar tu tedio; sales con idea de cazar, cobras algunas piezas, y regresas satisfecho. Ya es de noche, apenas se ve, y en el preciso momento de llegar a tu casa, sientes que algo cae a tus pies; miras, y quedas espantado viendo que es una de tus palomas a quien has herido sin querer; la pobrecita ha volado detrás de ti para posarse en tu hombro y dejarse curar la herida que le has hecho, pero el vuelo ha sido demasiado largo y, antes de entrar, ha caído ante ti, ensangrentada y moribunda. Tú sabes todo esto, pues seguimos suponiendo que lo sabes todo, y ahora viene mi pregunta: Xavier, ¿cuidarías de la palomita y, en caso de ser imposible su curación, harías menos dolorosa su muerte, o, por el contrario, empujarías con el pie aquellos despojos vivientes que debían la muerte a un acto involuntario de tu mano?

Clotilde-Elisa cesa de hablar, la escena es superior a sus pobres fuerzas y teme desvanecerse. Acaba de jugarse el todo por el todo, y de labios del joven médico aguarda la vida o la muerte. Clava su mirada en Xavier y le ve palidecer intensamente, al tiempo que nota cómo la mano que aprisiona la suya queda helada...

Para mejor pensar la respuesta a tan singular pregunta, Xavier se levanta y junto a la galería deja vagar más libremente su pensamiento que al lado de *Infantina*, que le sigue con la vista.

—¿Por qué me habrá preguntado semejante cosa —dicese interiormente Xavier—. Rechazar un cariño tan tiernamente ofrecido es una crueldad que yo no quiero ni debo hacer; y si lo acepto, ¿no me encontraré luego con que sólo es capricho de niña mimada? Es encantadora y deliciosa su compañía; pero ¿reune *Infantina* todas las cualidades que yo sueño posea la mujer a quien yo haga reina de mi corazón y madre de mis hijos?

Y así pensando, Xavier sufre horriblemente por no saber cómo acertar en tan extraordinaria situación.

Clotilde-Elisa, viendo la vacilación del que ama, cree que todo está perdido, y por su mente cruza la idea de huir sin que Xavier la vea y refugiarse en su coche llorando su grandísima pena. Con el mayor sigilo se pone de pie y va hasta la puerta; pero antes de salir cae sin sentido sobre el velador de bronce, haciéndose una profunda herida en la cabeza y desplomándose luego en el suelo en medio de un charco de sangre.

Al oír el ruido vuelve Xavier la cabeza y corre presuroso a evitar la caída; pero cuando llega la encuentra fría, livida y ensangrentada como la palomita del cuento...

Toma en brazos el inanimado cuerpo de *Infantina* y, depositándole en un sillón, comienza la cura, haciéndola rápidamente para acortar el sufrimiento de la nena.

Se culpa a sí mismo de lo ocurrido por no haber contestado antes, y aguarda impaciente que *Infantina* abra los ojos.

—Por mucho que la quiera —piensa él— nunca podrá igualarse mi amor al suyo, que no vacila ante los obstáculos ni ante los sacrificios.

Por fin *Infantina* abre los ojos, y viendo a Xavier junto a ella y con una venda en la mano, pregunta asustada:

—¿Qué ha ocurrido?

El sonríe, acariciándole con la mirada, y contesta con su voz grave y cariñosa:

—La palomita ha sido herida por mí sin darme cuenta y la estoy curando con toda mi ilusión, permitiéndome esperar que muy pronto olvide mi injusticia y se digne aceptar mi cariño.

Clotilde-Elisa, creyéndose en un sueño, le mira enajenada; luego le reprocha mimosamente:

—¡Qué malo eres, Xavier! Ha sido preciso que me veas herida para decidirte a quererme un poco.

El doctor Esteban toma la pobre cabecita en sus manos, y mirando a la chiquilla muy cerca de sí, la dice emocionado:

—*Infantina* mial, ¿quieres perdonarme y confiarte a mí para toda la vida?

Infantina, poniendo toda su alma en los labios, contesta, reclinando su dolorida frente en el hombro de Xavier:

—Nada tengo que dispensar a mi futuro dueño y señor. ¡Xavier! después de Dios confío en ti!

Yoró.

¡Azahares!...

Azahares: ¡Flores blancas! ¡Flores de boda!

Estas solas palabras encierran toda la ilusión de mi alma.

Cuando aquel día en un huerto de azahares

él me decía:

«¿Las ves, mi nena? Mira, tan pequeñitas

y ellas son el emblema de la pureza.

Cuando yo te haga mía, aspiraré el aroma

que tendrán sus guirnaldas en tu cabeza.

Yo las iré arrancando de tus cabellos,

que al perder sus guirnaldas serán más bellos,

porque serán más míos...»

Y con anhelo

se miró en mis pupilas

color de cielo.

Azahares: ¡Flores blancas! ¡Flores de boda!

Sueños de enamorada ¡Dulce quimera!

que en el fondo de mi alma dejó el Amado

una hermosa mañana de primavera.

ELISABETH.



Un día de primavera en la sierra.

Estamos en mayo, en el mes de las flores. La sierra se viste de un verde esmeralda, salpicado aquí y allá por las florecitas silvestres, semejando puntitos de diferente color.

Esta mañana, al despertar y ver por la ventana que da a la sierra la cumbre de la montaña dorada por el sol, me dije:

—Es un pecado permanecer entre cuatro paredes haciendo un día tan hermoso. Decididamente, voy a pasarlo al aire libre y al sol.

Preparé unos libros, algo para comer y me fui. ¡Oh, qué día me prometí pasar!

Iba yo por un caminito algo difícil de transitar —pues es subiendo una cuesta muy tortuosa— cuando veo venir un mancebo que, alegre y feliz, semejaba al día. Al cruzarnos me saluda, le contesto y sigue su camino cantando una copla popular. Me quedé mirándole, y casi le codiciaba su alegría, no porque yo estuviera triste, sino porque su alegría era espontánea, despreocupada.

Seguí adelante, y en el resto del camino encontré a otros pastores y gañanes que iban y venían, todos con igual cara de júbilo; esto es debido a que estamos en la primavera, y la alegría del ambiente se comunica a los seres, particularmente a los que viven en la sierra, que están más cerca de la Naturaleza y gozan de más salud.

Llego a un punto denominado «La Peña Iral». ¡Qué panorama más bonito se divisa! El sol, ya alto, dora las cumbres con claridades de oro, haciendo más oscuras las hondonadas. Viendo tanta maravilla, a pesar de sentirse uno tan pequeño, se desea vivir.

Busco un sitio a propósito, y me siento a comer, para reparar las fuerzas. Después me pongo a leer.

Una ráfaga más fuerte me volvió a la realidad. Miro y me doy cuenta de que el cielo se estaba cubriendo de nubecillas blancas que parecían jirones de gasa: tan tenues eran. Temiendo alguna tormenta de primavera, me apresto para el regreso, satisfecha del día que había pasado, habiéndome saturado de oxígeno y de sencilla alegría.

En el camino encuentro grandes rebaños de cabras y ovejas con sus respectivos pastores; unos vienen de la montaña y otros de los valles. Van a sus tenadas, donde pasan la noche sin temor a los lobos, que en estas regiones abundan mucho.

Ya en el llano, veo que las nubes se han puesto de un color rosa subido, pues el sol, próximo a su ocaso, va a desaparecer. Si el panorama que se ofrecía esta mañana a la vista era espléndido, éste es soberbio, imponente. El primero inducía a vivir, soñar y gozar: decía de juventud. El segundo, meditación, recogimiento y quietud; pensamientos más melancólicos, más tristes si se quiere, pero más profundos y reales.

A la entrada del pueblo, que es uno de la provincia de Cáceres (Extremadura), y por cierto muy pintoresco, diviso un cuadro digno de un buen pintor; es como sigue: Al fondo, el pueblo con sus casucas grises, sobresaliendo la torre de la iglesia, el Ayuntamiento y La Casa Grande, especie de palacio, famosa por su leyenda.

Después, la fuente, una maravilla de la naturaleza: es un manantial que baja de la montaña; está en un valle cubierto de musgo. Alrededor de ella hay unas quince o veinte muchachas, todas esperando turno para llenar sus cántaros; están alegres y parlanchinas, con la dicha del buen vivir reflejada en el semblante.

Al verme, hay como un remolino, un concilio, como dicen ellas; dejan de hablar fuerte para cuchichear: ¿qué se dirán? ¡Misterio! Unas contienen las risas y otras hacen un gesto de desaprobación. Paso junto a ellas, saludo cortésmente y todas contestan con mucha compostura; nadie diría que momentos antes habían estado hablando de mí. ¡Ah, las mujeres!

Llego. En las calles hay ese alboroto característico de los pueblos pequeños que se aprestan al descanso: los labradores, molineros y las mujeres que vienen de la ribera de lavar; después, piaras de cerdos que vienen en busca de la comida, que se la dan en la calle, para luego encerrarlos en sus respectivas zahurdas; en fin, una algarabía que, después de haber pasado un día en la sierra, donde todo es quietud y sosiego, me aturde y se me hace más tumultuosa de lo que es en realidad. Poco a poco viene la calma. En las esquinas se ven los mozos formando corrillos; pasan las mozas con sus cantarillos a la cabeza, vienen de la fuente, y todo son piropos y chicoleos: unos, de buen gusto; los más, un poco rústicos...

En casa me espera mi familia para cenar, que en la sierra anochece más pronto y amanece más temprano. Después de la sobremesa, cada uno a sus habitaciones; unos a descansar, otros a meditar, yo entre estos últimos. Y pensando que aún me quedan dos meses para gozar de iguales días que hoy, pues estoy de vacaciones, soy feliz y dulcemente me rinde el sueño.

MARITA.
Cilleros.

Monotonía.

Noche otoñal provinciana. Brisas marinas; murmullos suaves de palmeras balanceándose; leve vientecillo que las acaricia como amante compañero. Cielo sin nubes; estrellas que brillan con claridad de diamantes, luz de faro pespunteada con rayos luminosos de rubíes y esmeraldas. ¡Luces! Luces cual mágica caravana que se mira en el mar para verse reflejada. Paseo: risas dulces, francas, aladas; perfume de jazmín y nardos; mujeres bellas que pasan; música; algarada infantil que, jugando al corro, cantan; parejas de

enamorados que, mirándose en los ojos, hablan; crítica; pregón; voces en distinto idioma habladas; caras de sueño: es el aburrimiento que pasa. ¡Siempre igual! ¡Siempre lo mismo! ¡Siento frío! Noche otoñal provinciana.

CONDESA DE MATTES.

A Tristán.—Jardinero «humilde y solitario», yo te saludo en nombre de todas las mujeres españolas y de las lectoras de MUJER; no te conozco todavía, y ya siento por ti admiración y cariño.

Eres uno de esos amigos a quien puede una acudir con la seguridad de ser siempre atendida; tú oírás con benevolencia nuestras tristezas y alegrías, nuestras ilusiones y esperanzas, y no tendrás que disimular ningún bostezo de aburrimiento, ni sonreírás irónicamente como algunos de mis amigos.

Tú no calificarás como ellos de romántica y cursi a nadie que te confiese francamente que le gusta leer y escribir, y después de hablar contigo, saldrá una más animada y fuerte para luchar contra esos «niños bien» que a todo aquel que no piensa como ellos, y que no tiene sus ideas modernistas, lo tildan de romántico y cursi.

Bello oficio es el tuyo, amigo Tristán; cuidas las flores, los recuerdos y las ilusiones... Que todas las lectoras de MUJER te envíen sus escritos, y que tu bondad los acoja como si fueran las más bellas rosas del mejor rosal, del mejor rosal de tu jardín.

MARÍA-AURORA.
Adra.

Correspondencia de TRISTÁN

PI-ERRE.—Bien justifica usted, vehemente, impaciente y simpático lector, los veinte años que declara. Y no seré yo quien cierre la puerta de mi jardín a un tan apasionado y respetuoso amor de las flores.

Perdone, sin embargo, que no transcriba en MUJER su inflamada prosa. MUJER no puede abrir un certamen de amor, ni fundar una agencia matrimonial. Lo que ha querido ofrecer a sus lectoras y sus lectores en la sección de la amistad incógnita lo definió en la exposición, que usted tan indulgentemente califica. Y no me preocupa, no preocupa sin duda a la generalidad de nuestras amigas y de nuestros amigos, el temor que le asalta a usted: «¿Y si me enamoro? ¿Y si enamorado no puedo averiguar quién es mi amada?»

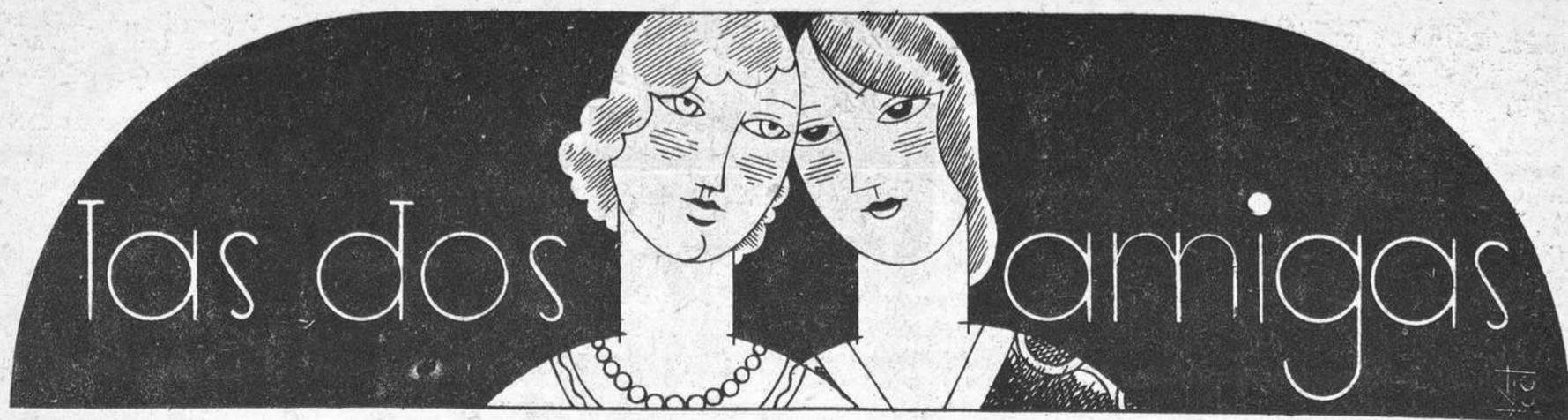
¡Veinte años! ¡Veinte años! «En el baile de máscaras —dice usted al recordar el símil con que yo traté de aclarar el sentido de dicha sección— hay un momento en que todo el mundo se despoja del antifaz.» Todo el mundo, no, joven amigo. Si todo el mundo entrase sabiendo que ha de quitarse luego el antifaz, lo probable es que nadie se lo pusiera, y lo seguro es que algunos no entrarían. El incógnito inviolable, el misterio voluntario es el encanto del disfraz; y la posible aventura es, sin duda, un elemento disuelto en el ambiente del baile; pero no es una obligación, ni menos un derecho fijo que se adquiera con el billete, porque entonces perdería su encanto principal, que estriba en el sabor singular de lo imprevisto, en la atracción que emana del azar, de lo fortuito, de lo incierto. Lo que usted propone, por tanto, no es sólo —por muchos conceptos— irrealizable: sería además destruir todo el sentido de nuestra idea y hacer en su envoltura un desgarrón por donde habría de evaporarse todo su encanto. Por lo demás, aquí como en todos los «bailes de máscaras», si alguien quiere levantar su antifaz, ¿quién va a oponerse? ¿Quién no tendrá inventiva suficiente para hallar el recurso que le dé a conocer *sin ser visto de todos*? Esa, por lo demás, es condición indispensable. En MUJER ni hay, ni habrá nunca nada equívoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto. Aquí sólo se admiten *amigas y amigos incógnitos*, y por supuesto dignos en todo momento de ser recibidos en este alegre, pulcro y honesto hogar de MUJER.

ALBERTINA.—La composición es mucho mejor de lo que su modestia de usted supone. Revela un espíritu opulento que, bien encauzado, puede dar de sí muestras excelentes. He de repetir una vez más mi consejo: leer y leer, sin dejar por eso de escribir; pero al principio escribir como cultivo y entrenamiento. Una cosa es caminar para trasladarse a un punto determinado, y otra pasear sin otro fin que el de hacer ejercicio. A usted, por ahora, le conviene pasear.

Envíeme algo en prosa, como quien va de paseo y lo aprovecha para evacuar de paso un quehacer pendiente.

A. M. ELECHÉ. Nada tiene usted que agradecerme, almita triste y plena de gracia. Yo, en cambio, le debo el regalo de esa carta limpia y cándida, que tiene oriente de perla y aroma de nardo. Siento mucho que sus envíos para los Concursos hayan llegado tarde, porque hubieran destacado entre los mejores. Como escribe usted sencillamente y sencillamente, y como tiene usted fino espíritu y buen gusto natural, cuanto sale de su pluma se lee con agrado, aunque tenga inexperiencias que corrijan el tiempo y el ejercicio de mucho escribir y, sobre todo, de mucho leer. Tenga esperanza también en cuanto a las tristezas que le rodean. Acaso usted esté llamada a disiparlas y a poner luz y paz donde ahora no las hay. Una mujer puede mucho si es inteligente y buena. Y me parece adivinar que usted es tan buena como inteligente.

TRISTÁN, el jardinero.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Odette descubrió en ella el acento de una verdadera simpatía. Le dijo:

—¡Qué buena es usted! ¡Si se casa algún día, su esposo será bien feliz!

—¡Oh! ¡Sí! —exclamó la viudita convencida.

Clara sonrióse. Al servir el té en la galería llegó Mauricio. También traía un ramo de flores: claveles blancos.

Se excusó de no haber venido antes. El príncipe había dado un almuerzo y tuvo que estar presente.

Clara se había levantado. Colocaba las flores en un jarro de cristal tallado, encima de una mesita volante, junto a la *chaise-longue*.

—Pon unos claveles en mi cuarto —dijo Odette.

La amiga se llevó un gran ramo de flores.

—Ahora no, querida Clara; antes toma el té —gritó la enferma.

Pero Clara ya había salido.

—¡Qué muchacha más amable! —dijo Marta.

—¡Es tan servicial, tan cariñosa, tan inteligente! Quisiera encontrarle un novio. Estoy segura de que le haría feliz. Desgraciadamente, no tiene dote, y no se casaría con un cualquiera.

—¡Pobre muchacha! —dijo Marta.

—Con sus cualidades de inteligencia y corazón —añadió Mauricio—, tu amiga tendría probabilidades de encontrar un pretendiente, si tuviese un físico un poco más seductor...

—Evidentemente, le falta mucho para ser bonita —replicó Odette.

—¡Y como los hombres conceden una importancia tan grande a la belleza física de las mujeres!

—Claro —dijo riendo Mauricio.

—Pues no tienen ustedes razón —prosiguió la viudita—. La belleza no proporciona siempre la felicidad. Una muchacha como la señorita Vimereux sería, probablemente, una mujer exquisita... Pero, aquí viene...

Clara apareció en el marco de la puerta.

Mauricio se puso a hablar de su príncipe. Acababa de marchar en «auto» a San Remo. Iba allí a encontrarse con otro príncipe de la casa de Saboya. Felipe de Tesalia no sabía en qué pasar el tiempo. Como la mayor parte de sus primos, había sido educado de una cierta manera, destinado desde la infancia a desempeñar una función determinada, a hacer una cosa, una sola cosa. Y cuando no la hacía, se convertía en un ser inútil. Estaba aburrido.

El mariscal de los ejércitos tesalianos, sin empleo desde la paz, conservaba una brutalidad de soldado, una altivez de oficial de caballería, una acritud que molestaba, preocupaba y exasperaba a su hermano el Rey y complicaba los asuntos del Estado. El Monarca prudente, astuto y cauteloso, temía a la vez la violencia y la popularidad del vencedor de los turcos. Por razones diplomáticas le tenía en Francia cuidando su salud. Desde su palacio le escribía cartas llenas de solicitud, dirigidas al enfermo imaginario, para llenarle de aprensiones y hacerle permanecer tranquilo lejos de él.

Pero el hombre de guerra se aburría. Sólo se interesaba por los ejércitos, la disciplina y la estrategia. Sólo leía noticias, anuarios y folletos militares. No tenía más que dos temas de conversación: el ejército y la medicina. Y unas veces brutal y otras preocupado, resultaba siempre molesto. Odette y Marta se reían ante este retrato del príncipe. Clara, sin reír, alzaba los ojos hacia Mauricio y parecía estudiarle.

—De todos modos —dijo la heredera—, tu formas parte de la Corte. ¡Siempre resulta agradable y halagador!

—¿Lo crees así?

Y empezaron las quejas que ya había oído relativas a Felipe de Tesalia. Ella contestó vivamente:

—Pues a mí me gustaría mucho ser, por ejemplo, dama de honor de una princesa. Me parece que me acomodaría muy bien al cargo. Siempre ofrece muchas ventajas.

—Se ve —dijo Clara lentamente— que siempre has sido mimada e independiente. Imagínate por un momento lo que sería tu vida si en lugar de satisfacer todos tus caprichos te fuese preciso obedecer y satisfacer los caprichos de los demás. Es muy penoso cuando se comprende que uno vale para mucho más.

Clara y Mauricio se miraron en aquel momento. Acababan de averiguar que eran de la misma raza, padecían los mismos rencores y que ambos empleaban los mismos medios para lograr la fortuna. Basta, a veces, una sola palabra para que dos seres se adivinen, se reconozcan y se comprendan en medio de una sociedad.

El doctor de Ansauvillers era el cortesano del príncipe de Tesalia; Clara Vimereux, la amiga complaciente de la señorita Angerolle.

lle. Los dos, cansados de su duro oficio de parásito, giraban en torno de la heredera y ponían en ella sus frágiles esperanzas.

La muchacha sin dote acudía allí para ver si encontraba un marido; el médico sin dinero, para encontrar una mujer rica. Los dos, Clara y Mauricio, se creían superiores a Odette y la juzgaban un poco caprichosa, algo ingenua y hasta un poquitín tonta.

El decía aludiendo al príncipe:

—Va a pasar por aquí. No me ha ofrecido siquiera recogerme, y tendré que tomar el tranvía.

—¡Oh! —exclamó Odette—, a propósito; por fin vamos a tener el auto. Estaba en el taller desde hace dos meses, para no sé qué reparaciones.

Y tomó un aspecto de preocupación que divirtió a Mauricio.

—¡Las grandes preocupaciones de la señorita Angerolle!

—Feliz ella, que no conoce otras —añadió Clara.

—¡Se figuran ustedes que eso es broma! Papá rabia cada día a causa de los cocheros. ¡Y, además, dos meses! ¡Dos meses para una reparación!

Clara y Mauricio cambiaron una mirada de simpatía.

—Tengo ganas de pedir que lo adornen para la batalla de flores. Es un *landaulet*. Recubierto y con las ruedas llenas de claveles de un solo color, resultaría muy bonito. Estoy segura de que obtendríamos algún premio.

Aplaudieron aquella buena idea. Clara, encantada ante la perspectiva de una distracción mundana que no le costaría nada, aplaudía más fuerte que los demás.

—Mauricio, levantándose, se disculpó:

—Me dispensarán ustedes; pero debo regresar a Monte Carlo. El príncipe podría llamarme al llegar, y no le gusta que le hagan esperar.

La viudita echó una mirada rápida a la esfera de esmalte que llevaba en la muñeca.

—¡Las cinco y media! La modista tiene que ir al hotel a las seis. Me marcho.

Se había levantado vivamente.

Ella y Mauricio estaban a los dos lados de la *chaise-longue* para despedirse de Odette, que apartaba la manta para ponerse en pie.

—No, no se mueva —dijeron los dos al mismo tiempo alargando las manos.

Clara los acompañó. Oíase en la escalera cómo la amable viuda decía a Mauricio:

—Voy a tomar un coche para ir al hotel. Si quiere, le dejaré en la plaza de San Roque, frente...

Odette movió la cabeza y frunció el entrecejo. Imaginó a Mauricio desplegando sus gracias en el coche, junto a la viuda.

Clara entró bromeando.

—¡No te fíes! ¿No tienes miedo de dejar al señor de Ansauvillers con la señora Guillaume?

¿De modo que las dos habían tenido la misma idea? Odette se asombró de ello, y preguntó:

—¿Crees que se atreverán a coquetear?

—Ella, no sé. Pero él...

Y sentándose a los pies de la enferma, añadió:

—Creo, querida Odette, que deberías vigilarle más de cerca. Corre detrás de las bellas *mentonesas*; hace la rueda en torno de las lindas viuditas. Y en Monte-Carlo, ¿qué hace? ¿Lo sabes tú? ¿Lo sabemos acaso?

Se expresaba con acritud; su inteligente mirada se ponía dura. El perrito faldero parecía pronto a morder, como si fueran a disputarle algo suyo.

—¿Estás segura de haber colocado bien tu cariño? Me parece un poco ligero. Lo que vemos no es muy tranquilizador para el porvenir.

—¡Me ama!

Sería bien difícil de contestar si no te amase. Eres bonita, joven, inteligente y le llevas un magnífico dote.

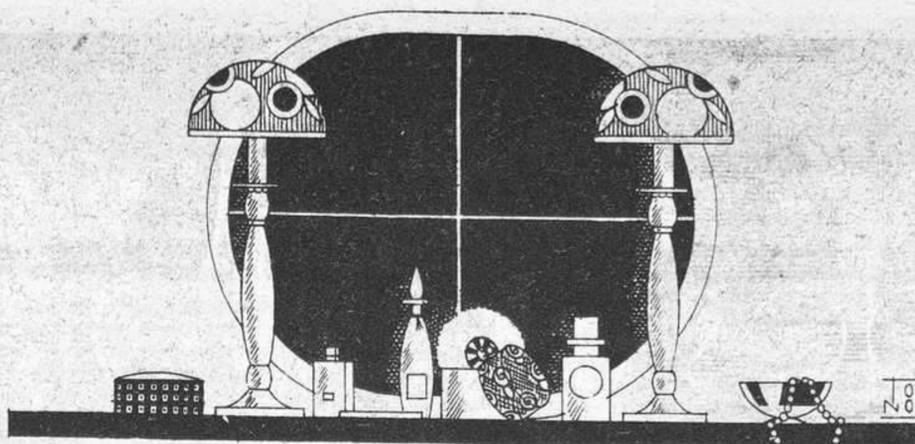
—¡Oh! ¡Magnífico!

—Claro que sí. Gracias a ti podrá instalarse, abrir un despacho en un barrio de lujo, crearse una escogida clientela, dar comidas, recibir en sus salones, darse a conocer, conseguir honores. Encuentro que ha tenido una suerte muy grande. Sí, daría pruebas de ser bien ingrato si no te amase.

Odette quedóse callada, absorta en un lento trabajo de reflexión.

—Sería un monstruo —prosiguió Clara con vehemencia— un verdadero monstruo si abusara de la confianza de una joven porque ésta tiene quinientos mil francos de dote.

(Continuará en el número próximo.)



EN EL TOCADOR

Depilatorios.—El mejor medio de quitar el vello superfluo es destruir las raíces por medio de la electricidad; pero esto es del negociado del especialista. Cuando no pueda usarse este medio, hay que desconfiar mucho de los preparados desconocidos que pueden irritar la piel. He aquí algunas fórmulas inofensivas:

Líquido depilatorio:

Monosulfuro de sodio..... 10 gramos.
 Agua de hamamelis..... 100 —

Se lava la epidermis, y después de desprenderse el vello se vuelve a lavar con la siguiente solución:

Acido cítrico..... 3 gramos 50
 Agua destilada..... 1000 —

Si preferís una pasta, he aquí la mejor fórmula.

Sulfuro de calcio..... 10 gramos.
 Sulfuro de cinc..... 10 —
 Glicerato de almidón..... 10 —

A los diez minutos de ponerse esta pasta, se lava.

Las manos coloradas.—El enrojecimiento permanente de las manos es indicio de una mala circulación de la sangre, cuya causa debe preguntársele al médico. Cuando no es muy acentuado, puede atenuarse con el siguiente preparado:

Jabón duro..... 180 gramos.
 Agua de colonia..... 60 —
 Zumo de limón..... 50 —

Los sabañones.—El mejor medio para combatir los sabañones consiste en agitar los dedos como si se tocara el piano o como si se moviesen marionetas, rápidamente y siempre con los brazos en alto. Estos ejercicios, si se practican varias veces al día, activan la circulación y descongestionan las extremidades. Conviene añadirles dos veces al día aplicaciones de

Tintura de iodo..... 5 gramos.
 Alcohol de 90°..... 15 —

CONSEJOS PRÁCTICOS

Para limpiar el bronce.—Se lava primero la superficie con tierra blanca diluida en agua, o con azafrán en polvo, hasta que el bronce esté pulido. Luego, se da por toda la superficie una pasta formada por una mezcla de plombagina mojada y de azafrán, que proporcionará el matiz deseado; por último, se calienta el objeto junto a un pequeño fuego de carbón de encina.

Las grandes estatuas de bronce se lavan con una solución débil de alcalí o con agua jabonosa. Las medallas de bronce, oxidadas, recobrarán su aspecto primitivo si se meten en un agua que contenga en disolución 5 por 100 de ácido oxálico y 3 por 100 de ácido sulfúrico. Luego se restregan estos objetos con un paño empapado en la misma solución, mezclada con polvos de Trípoli.

Otra fórmula: se dejan las medallas en remojo, en zumo de limón, hasta que desaparezca el óxido.

Para quitar las manchas del mármol.—Cuando el mármol está muy sucio y manchado, se emplea el siguiente procedimiento para limpiarlo:

Se mezclan una parte de polvos de piedra pómez, una parte de yeso y tres partes de sosa. Se pasa a través de un tamiz y se añade un poco de agua para formar una pasta consistente. Se restrega vigorosamente el mármol con ello, y luego se lava con agua y jabón.

Si permanecen algunas manchas, mezclad por partes iguales, copos de jabón, greda, hiel de vaca y esencia de trementina. Esta pasta se extiende sobre las manchas, se deja varios días y luego se quita y se lava el mármol con agua y jabón.



MUJER, Revista del Mundo y de la Moda, ha publicado en su primer número los retratos y autógrafos de SS. AA. RR. LAS INFANTAS DOÑA BEATRIZ Y DOÑA MARÍA CRISTINA; y desde el primer número al presente, las VISITAS que siguen:

Núm. 1 a CRISTINA DE ARTEAGA
 (Hija de los Duques del Infantado.)

Núm. 2 a MARÍA ROSA SAN MIGUEL
 (Hija de los Marqueses de Cayo del Rey.)

Núm. 3 a MARÍA TERESA ROCA DE TOGORES
 (Hija de los Marqueses de Alquibla.)

Núm. 4 a NENETA LÓPEZ ROBERTS
 (Hija de los Marqueses de Torre Hermosa.)

Núm. 5 a JOSEFINA LÓPEZ DE AYALA
 (Hija de los Condes de Cedillo.)

Núm. 7 a BELÉN MORENES
 (Hija de los Marqueses de Argüeso.)

Núm. 9 a ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN
 (Hija de los Barones Michel de Champourcín.)

Núm. 10 a BLANCA DE BORBÓN
 (Hija de los príncipes de Borbón.)

Núm. 11 a TRINIDAD Y MERCEDES TRAVESEDO
 (Hija de los Duques de Nájera.)

Núm. 12 a CRISTINA LOYGORRY
 (Hija de los Duques de Vistahermosa.)

Núm. 13 a MARÍA ROSA PÉREZ SEOANE
 (Hija de los Condes de Riudoms.)

Núm. 14 a ÁFRICA CARVAJAL
 (Hija de los Marqueses de Valdefuentes.)

Núm. 15 a LOLA BRUGUERA Y MEDINA
 (Hija de los Marqueses de Borghetto.)

Núm. 16 a CRISTINA NAVARRO
 (Hija de los Barones de Casa Davalillos.)

Próximamente reanudará esta serie con una «visita» a TRINA CASTILLO (hija de los Marqueses de Jura Real).



He recibido su carta



CRISANTEMO ROSA.— Han quedado cumplidos todos sus encargos, simpática Madame Crysanthème, a quien le quedamos todos profundamente reconocidos por las atenciones que tiene con esta Revista. Y crea que espero con impaciencia esa senda *lata* anunciada, que, viniendo de usted, será siempre la bienvenida.

MONINA.— ¡Cuánto le agradecería, amabilísima comunicante, que me escribiese otra carta! Primero, para tener el gusto de otro momento de *charla* con usted, y también —perdóneme esta franqueza, se lo suplico— para ver si así entiendo plenamente todas sus preguntas, cosa que me han impedido —y lo siento de veras— esos terribles *cruces*. ¡En fin!, contestaré a todo lo que he creído comprender, y usted me sabrá perdonar si se me ha escapado algo de su carta; la que sale perdiendo con ello soy yo, seguramente.

1.º Si, existe esa agua, pero me es imposible indicar un producto comercial en esta sección; si me dice sus señas le enviaré ese nombre particularmente.

2.º No me parece que sea ningún peso exagerado, pero le conviene perder unos cinco o seis kilos; lea para ello mi respuesta a *Mari-Sol* en el número de *MUJER* de la semana pasada.

3.º Para suavizar el agua, eche usted en ella un poco de *bórax*, o de salvado. Y para dejar «como nueva» la piel, lea las recetas de cremas que ha publicado *MUJER* en el núm. 13, pág. 20.

4.º Para hacer crecer las pestañas, córtelas usted las puntas cada tres o cuatro meses; y para que desaparezca la inflamación de los párpados, nada mejor que fomentos de manzanilla hirviendo, hechos con algodón en rama.

5.º Desde luego, la salud del alma influye en la del cuerpo, y sobre todo en la belleza femenina. Nada mejor que la tranquilidad de conciencia, el optimismo, los buenos sentimientos hacia todo y hacia todos para conservarse joven y bella hasta una edad avanzada. Como remedio local para esos moftetes caídos, le recomiendo ciertas mascarillas de goma (las hay parciales y otras completas) que se llevan en casa una hora diaria, y dan resultados positivos.

Y venga pronto otra carta y vengan otras preguntas..., ¡pero sin *cruces*!

PASIONARIA.— He de pensar en ello detenidamente, y la contestaré en otro número. Vaya por ahora mi aprobación entusiasta y cariñosa por sus sentimientos españoles.

ALL RIGHT.— 1.º ¿Quiere usted que la dé sinceramente mi opinión? Pues bien: sí, eso tiene mucho de particular, tiene que es un doble engaño, y, si feo está un engaño sencillo..., no le digo nada cuando es doble. Además, ¿le gustaría a usted que uno de los dos le hiciese semejante «faenita»? No, ¿verdad? Pues no la haga usted tampoco. O dígame usted la verdad al primero, a trueque de causarle pena, o, si tanta como a usted le tiene, sacrifíquese usted y renuncie al segundo. Pero sea leal, ahora y siempre; más tarde podría pesarle el haber avanzado por un camino tortuoso... y sin salida.

2.º Tampoco estoy de acuerdo con lo del pelo; en eso no hay moda que valga y lo único que importa es lo que sienta bien y favorece a la cara; usted puede estar monísima con el pelo castaño, y, en cambio, el pelo negro puede endurecer la expresión de sus facciones; sin contar con que los tintes negros son, con frecuencia, peligrosos; pueden causar jaquecas y hasta la pérdida de la vista. Créame, la mejor manera de seguir la moda, es saber vertirse y componerse con buen gusto y con arreglo a la fisonomía propia.

Las variaciones de la moda deben influir algo en el color y la hechura de los trajes y sombreros; muy poco, en el peinado; y nada, en la personalidad natural.

3.º ¿Color? ¡Ejem!, ¡ejem! ¿Y no le gustaría a usted más, brillo solo? ¡Si viera usted que hace mucho más distinguido! Si quiere darme sus señas, yo le indicaré una piedra que para esto del brillo es algo maravilloso; y si se empeña en lo del color, un barniz. De todos modos, en esta sección, no nombro ningún producto comercial.

Y ahora que a todas sus preguntas he puesto reparos y censuras, ahora que tiene us-

ted de mí —no lo niegue, lo adivino— el concepto de que soy una vieja regañona y antipática, ahora... ¿quiere usted que seamos muy buenas amigas?

CORAZÓN.— Ante todo, quiero darle las gracias con toda mi alma por confiarse a mí tan leal y cariñosamente; esto me honra y me alegra y, al mismo tiempo, temo no mostrarme digna de tan simpática prueba de estimación.

Yo le daré a usted mi modesta opinión: Debe usted primero hacer un detenido y minucioso examen de alma; no basta creer que se quiere, hay que estar segura de ello, y no es esta una seguridad que se adquiere fácilmente. El mejor medio para probarse a sí misma, es el de la ausencia, que, como el viento hace con el fuego, «apaga las pequeñas pasiones y aumenta las grandes». Ya, segura de sus propios sentimientos, no veo por qué tiene usted que «aguantarse», y la idea de sincerarse con la hermana, no me parece descabellada. También en esto le recomiendo una gran prudencia; si su amiga es persona discreta, lista, comprensiva y buena, entonces ruéguela —tras de pedirle su firme promesa de no hacerla traición— que le sonseque a él la verdad, como si esto partiera de ella, como si ella hubiese creído notar en ambos una mutua inclinación. Volviendo a mis recomendaciones de prudencia, al hablar con la hermana, no la conviene a usted extremarse en la pintura de su pasión; hable usted solamente de un sentimiento naciente; de esta manera, le será más fácil luego «recoger velas» en caso de... fracaso.

Mucho me alegro de que haya seguido mi consejo respecto a la letra; ahora está muy bien. La felicito, y espero con impaciencia la ocasión de felicitarla también por el buen éxito de... lo otro.

LESGEAN.— Su cuento ha sido remitido inmediatamente a *Tristán*, a quien incumbe el placer de leer y juzgar los trabajos de las lectoras de *MUJER*. Pregúntele usted su opinión, y no dude de que se la dará con la sinceridad que hace doblemente valiosos sus juicios literarios. Gracias, en nombre de la Revista, por su excelente consejo, que, desde luego, se seguirá. Mucho celebrará que el nuevo concurso le agrade tanto como los anteriores. En cuanto a «Las amigas y los amigos incógnitos», ya que tanto le gusta esta sección, ¿por qué no toma parte en ella? Ya sabe que me tiene siempre a su disposición y deseosa de recibir sus cartas encantadoras, a las que lamento no poder siempre corresponder con la extensión y en la forma que desearía.

XV ABRILES.— Por mucho que piense, no veo, mi juvenil comunicante, ningún medio humano para que engorde esa sola parte del cuerpo. En cuanto a su segunda consulta, lo mejor es darse por las noches, al acostarse, aceite de ricino o vaselina esterilizada —puede que le irriten un poco los párpados, lo que se corrige con fomentos de manzanilla muy caliente— y cortar las puntas cuatro veces al año.

FLOR DE NIEVE.— Me alegro de que la lista de libros le haya parecido bien; puede, desde luego, avisarme cuando los haya leído —¡pero tiene para rato!—, y le indicaré otra.

Respecto a sus envíos a los concursos, lea la nota que va en la página 24 de este mismo número. Y respecto a la amistad que tan gentil como modestamente me ofrece, yo la estimo en mucho y crea que no encuentro palabras para agradecerle bastante.

ALBERTINA.— Esa pregunta puede ser muy difícil... o muy fácil de contestar. Podría ser muy fácil, por ejemplo, si yo —yo sola— conociera el nombre de la persona en cuestión; claro está que sin necesidad de conocer el de usted para nada. Si usted cree poder fiar en mi discreción y me contesta, entonces es posible que yo, o bien le indique el medio que desea o, cuando menos, le dé la clave de la tardanza o vacilación que tanto la preocupa. Si no quiere o no puede darme ese nombre, procuraré de todos modos aconsejarla, si bien algo a ciegas.

ALBERTINA.— Por falta de espacio la contestaré en el próximo número.

PASATIEMPOS

SEGUNDA SERIE

7. FRASE

1 P R V L O N **FC** To
 K U U **FC** To
 U 1 0 0 - i **FC** To

8. PLATO

BAILE MARTES J 1001
 U L N E S SÁBADO J U E V E T

9. UN LÍO

N O T T E S T A F A
 V V A
 A T N I O O

10. HISTÓRICO

NOTA G U V L O N
 NOTA
 R 1 P 1 1 K K .

OTTO SCHUBERT

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

DE todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento puede menos eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal y aun de las excursiones del turista la visita de museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico. Los monumentos religiosos o civiles son pie forzado de todo viaje; y no se puede sin desdoro mostrar una total incompetencia en los estilos y sus épocas.

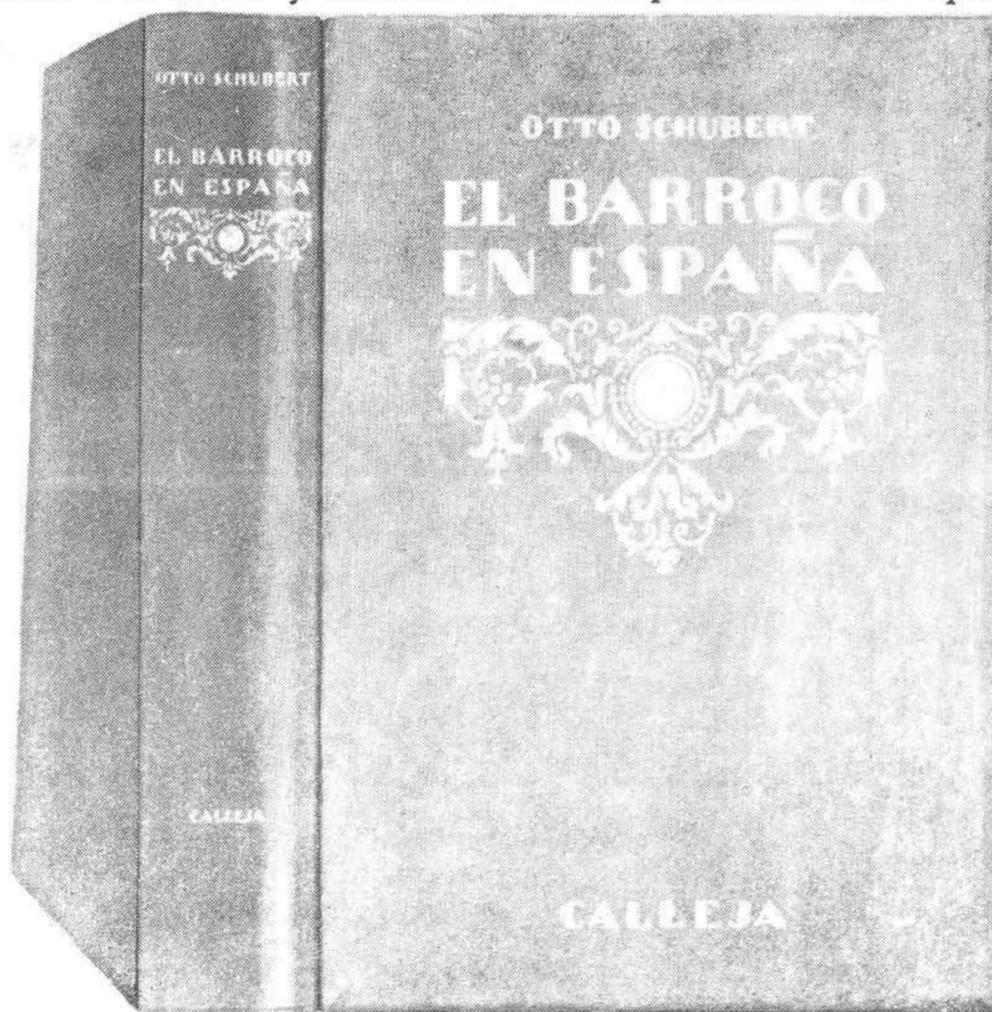
Mas si esto puede afirmarse de la Arquitectura en general, cabe decir que de ninguna de sus épocas se impone el conocimiento al hombre de hoy como la correspondiente al estilo barroco.

El interés, la vitalidad, la transcendencia del estilo barroco muéstrase al considerar cómo esa palabra, cual pocas sugestiva, se ha desbordado del campo arquitectónico y ha inundado el léxico general, aplicándose a toda clase de conceptos. A nadie se le ocurrirá resumir la idiosincrasia literaria de un escritor actual diciendo que es *románico* o *árabe*; pero se le dirá *barroco*, y todos trazaremos mentalmente el gráfico o la silueta de su personalidad espiritual. Y pueden ser *barrocos* un pintor, una escultura, una inteligencia, una afirmación.

Quiere decir que si el barroco en arquitectura no fuera de por sí uno de los períodos más interesantes, más cuajados de maravillas, más dignos de conocerse y estudiarse, lo sería por esa singular extensión de su significado y de su nombre, más que nunca de actualidad, más en auge que nunca.

Esta HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA que ofrecemos hoy, es la que D. Vicente Lampérez calificó de *obra magna* al dar cuenta de su aparición. Los técnicos en estas materias suscriben tal juicio del sabio arquitecto español; y todos coinciden en considerar a Otto Schubert como un definidor e interpretador hasta hoy sin par del magnífico barroco español y de sus imperecederas creaciones.

La obra, con 293 grabados primorosamente impresos, es un libro grato, interesante y útil aun para quien sólo busque un álbum de buenas reproducciones de los más característicos y famosos monumentos de ese período comprendido entre fines del siglo XVI y principios del XVIII; es decir, de la época acaso más castiza y brillante del arte arquitectónico en España.



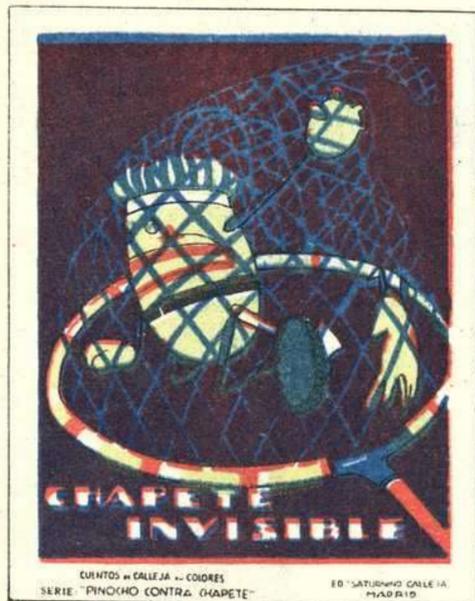
Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados, esmeradamente impreso, sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antílope fino,

estampado en oro de ley, con planchas de bronce grabadas a mano, según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

PRECIO: 50 pesetas

Este y todos nuestros libros se remiten sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América con sólo pedirlos acompañando su importe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447, MADRID

YA LLEGAN LAS PASCUAS.
 ¿QUÉ REGALO MEJOR PARA LOS NIÑOS QUE LAS ESTUPENDAS Y DIVERTIDÍSIMAS
 AVENTURAS DE PINOCHO?
 APRESURAOS A HACER FELICES A LOS PEQUEÑUELOS, ELLOS OS LO AGRADECERÁN.



Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. Pedidlos en todas las buenas librerías y a la
 EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Valencia, 28, MADRID